Andrea Mayo

Arrepentimientos

Navona

Arrepentimientos

Andrea
Mayo

Arrepentimientos

Navona

Primera edición
Marzo de 2023

Publicado en Barcelona por Editorial Navona SLU
Navona Editorial es una marca registrada de Suma Llibres SL
Aribau 153, 08036 Barcelona
navonaed.com

Dirección editorial Ernest Folch
Edición Estefanía Martín
Diseño gráfico Alex Velasco y Gerard Joan
Maquetación y corrección Moelmo
Papel tripa Oria Ivory
Tipografías Heldane y Studio Feixen Sans
Imagen de la cubierta John Singer Sargent, *Madame X*. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York
Distribución en España UDL Libros

eISBN 978-84-19311-99-3

© Flavia Company, 2023
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent
Todos los derechos reservados
© de la presente edición: Editorial Navona SLU, 2023

Navona apoya el copyright y la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, produce nuevas voces y crea una cultura dinámica. Gracias por confiar en Navona, comprar una edición legal y autorizada y respetar las leyes del copyright, evitando reproducir, escanear o distribuir parcial o totalmente cualquier parte de este libro sin el permiso de los titulares. Con la compra de este libro, ayuda a los autores y a Navona a seguir publicando.

ARREPENTIMIENTOS: Alteraciones en un cuadro que manifiestan el error o cambio de idea sobre lo que el artista estaba pintando.

A mi Soledad,
con mayúsculas y sin arrepentimiento posible

Simplificar. No es tan complicado. Observar sin sumarnos o, lo que sería igual, observar una vez hecha la resta de nosotros. El juicio no es una herramienta. Es un arma de defensa. Y de ataque. Es la declaración de la guerra. Con los otros o con uno mismo. El juicio, como el miedo, es una opinión. Restar es el sistema impecable. Implacable. ¿Cómo restarnos? Consiste en el ejercicio de imaginar lo que vemos como si nosotros no existiéramos. Como si nuestros ojos y nuestro cuerpo y nuestra historia no estuvieran. Como si no hubiera nada con lo que nos identificáramos. Ni objetos ni personas ni ideas. Se trata de despojar a la realidad de nuestra presencia. ¿Qué provoca nuestra entrada en escena? Si lo que produce es incomodidad, es que no hemos dejado fluir las cosas y que nos hemos impuesto. No es aquel el lugar que nos conviene. No es aquel el lugar al que le convenimos. Simplificar. No es tan complicado.

Teoría de la resta, OSAMU

Índice

Primera parte

32°37′40″N 129°44′18″E
Tatuaje
La importancia del silencio de una mosca

Segunda parte

La dedicatoria de Faulkner
Último té con Eleanor

Tercera parte

Madre o hija
El trastero
Ensayo funeral

Agradecimientos

PRIMERA PARTE

Algunos arrepentimientos pueden notarse
a simple vista, mediante una inspección cuidadosa del cuadro

32°37′40″N 129°44′18″E

Llegué como los demás, en una lancha rápida. Llevaba una maleta y algunas bolsas grandes de plástico en las que había metido, en el último momento, cosas que al principio pensé que no iba a necesitar o que podría restituir sin esfuerzo, el costurero, un paraguas, el ventilador.

Había encontrado la oferta en un periódico. Un anuncio discreto en una esquina, se necesita personal, jornada completa, se incluye vivienda y comida, interesados llamar. Un teléfono y un nombre, míster Zou.

Me pareció una gran oportunidad. Puesto que no tenía a nadie con quien comentarlo, llamé sin más dilación. Pregunté por míster Zou;

yo mismo, me dijo un hombre de voz afónica;

llamo por lo del anuncio en el periódico;

¿tiene disponibilidad horaria?;

sí, toda;

¿cuándo podría empezar?;

mañana mismo;

entonces empieza mañana mismo, recoja sus pertenencias más necesarias y calcule que pasará algún tiempo fuera de la ciudad, preséntese en el puerto pesquero, muelle quinto, a las ocho de la tarde.

Había unas cuantas personas más, en el muelle número cinco. Las conté. Siete. Conmigo ocho. También arrastraban maletas, algo más voluminosas que la mía. Me fijé en que sólo las mujeres llevábamos bolsas aparte. De los ocho, cinco éramos mujeres. Lo atribuí al azar. Saludé con voz baja e imagino que me contestaron con voz más baja aún, porque no oí respuesta alguna.

La llegada de la lancha nos distrajo del ensimismamiento. Nubló de gasolina el olor a pescado. Contaminó el graznido de las gaviotas con el estruendo del motor. Asustó a los gatos que rondaban por allí en busca de algunas sobras.

La lancha la gobernaba un solo hombre. Manos de piel gruesa, como de cuero viejo, nudillos blancos. Manejaba con soltura los cabos. Acertó a la primera cuando desde el agua lanzó sobre el noray el as de guía que utilizaba como amarra. Cazó con fuerza primero la proa, después la popa. El costado de la embarcación quedó pegado al muelle. El acceso resultaba fácil y se hizo deprisa, sin mediar palabra. Al cabo de cinco minutos los ocho pasajeros estábamos instalados en cubierta y el hombre, que ni siquiera había apagado el motor, regresaba las amarras a bordo y salía disparado hacia la bocana.

Todos nos acurrucamos. La brisa del mar era fría. Supuse que los otros tampoco

sabían a dónde iban. Supuse que necesitaban un trabajo tanto como yo. ¿Era posible que no hubiésemos preguntado a dónde nos llevaban? Comprendí que la misma inquietud se había apoderado del resto del grupo cuando intercepté las miradas que se dirigían y me dirigían. Alguien, ahora no recuerdo quién, se encogió de hombros. Sí recuerdo que una mujer, la más joven, alrededor de los cuarenta años, dijo en voz alta, adónde nos lleva. No supimos si el patrón escuchó la pregunta e hizo caso omiso o si la distancia hasta la cabina impidió que le llegara.

Las olas movían la lancha de arriba abajo, así que de pronto intuíamos el horizonte y al momento siguiente sólo la inmensidad de aquel cielo nocturno cuya negrura parecía reflejarse en el mar. Poca luz. La suficiente para darse cuenta de que en mucho tiempo no hubo tierra a la vista. La suficiente para apreciar la intranquilidad de los trabajadores, de los futuros trabajadores.

Seguimos en silencio hasta el final del trayecto. Quizás todos temíamos lo mismo: que hablar deshiciera el ensalmo que había hecho realidad nuestros sueños; que hablar delatara la irregularidad de nuestra situación; que hablar nos diera miedo y nos provocara angustia.

No había nadie que nos esperara en el lugar de destino. El patrón de la lancha nos indicó que bajáramos a tierra y, una vez que estuvimos allí, todos con nuestras maletas y nuestras bolsas, a oscuras en un puerto abandonado y vacío, repitió la operación que le habíamos visto llevar a cabo al otro lado del agua, en el punto de partida. No dijo nada. Las luces rojas y verdes de la embarcación tardaron poco en desaparecer.

Era imposible moverse. Ni la luna, en cuarto menguante, bastaba para atreverse a dar dos pasos. Por insólito que pueda resultar, nos sentamos en el mismo espacio en el que nos habíamos situado al bajar, en círculo cerrado, como para darnos cobijo, y esperamos, algunos dormitando, otros en vela, a que llegara el alba. Se oía, es verdad, muy a lo lejos, algo parecido al aullido de un lobo. De una manada. Pero nadie dijo nada. Nadie habló hasta por la mañana. Yo pensé que eran animales marinos. Por qué no.

Pero eran perros. Una jauría. Y a primera hora de la mañana, según vimos, estaban al otro lado de la valla metálica que separaba el puerto de lo que venía después. Y lo que venía después no lo supimos hasta que nos adentramos allí. Y nos adentramos allí tras ofrecer a aquellos perros parte de los alimentos que habíamos cargado. Sólo en ese instante nos preguntamos, estoy segura de que los demás también se lo preguntaron, por qué llevábamos comida, si el anuncio del periódico decía que iban a dárnosla. Fue una suerte. La decena de perros que nos aguardaba se sumieron en la más absoluta de las calmas en cuanto comenzaron a comer. Estaban flacos, diríase que famélicos.

Avanzamos juntos. Con las maletas a cuestas. Al principio. Pronto nos dimos cuenta de que estábamos solos. Al menos en aquella zona. Así que dejamos los

equipajes con la intención de recogerlos más tarde. Los amontonamos en un hangar abandonado. La palabra abandonado sobra, porque todo estaba desierto, en plena decadencia.

Esta debe de ser aquella isla, dijo uno de los hombres.

Al parecer, nadie sabía de qué hablaba. Yo tampoco.

Aquella isla que quedó sin gente hace tantos años. Nos habrán traído para reconstruirla.

¿Había entre nosotros ingenieros, arquitectos, electricistas, fontaneros?

No, no había. Éramos todos desempleados, mayores de cuarenta años, sin familia. Gente intrépida, dijo alguien como para darnos ánimos. No lo consiguió.

No parece que nos hayan traído entonces para reconstruir nada, intervine yo después de que cada uno de nosotros comentara la situación en que se encontraba y la profesión que desempeñaba cuando tenía trabajo: vendedores, maestros de escuela, cocineros, recepcionistas.

Estábamos en lo que había sido una ciudad y se había convertido en una ruina. Todo escombros. Comercios abiertos y desvalijados. Coches desguazados. Parecía el destrozo producido por una horda de salvajes a pie y no por los bombardeos de una guerra. Nos sorprendió que no hubiera ratas. Alguien dijo que debía de ser el único alimento de esos perros.

Pronto empezamos a investigar el interior de los edificios. La estampa no podía ser más desoladora: daba la impresión de que los habitantes habían salido despavoridos a causa de un miedo irrefrenable. Un tsunami de una estirpe distinta a la marítima. Alguien dijo, habrán sido extraterrestres.

No tardamos en llegar al otro lado de la tierra. Era, tal y como había dicho uno de nosotros, una isla pequeña: cuatrocientos ochenta metros de largo por ciento cincuenta metros de ancho.

Nos acomodamos en la planta alta de uno de los edificios mejor conservados del centro de la isla. Alguien observó que a los perros les costaría acceder a la parte superior. Establecimos turnos para realizar guardias. Estaba claro que nadie esperaba trabajar y que la prioridad era la supervivencia hasta que se nos ocurriera una idea mejor. Los escuadrones de vigilancia, tres de nosotros, salían cada mañana para ver si encontraban un sistema de abandonar la isla. Quizás pudiera hallarse una embarcación en alguno de los numerosos muelles particulares de la zona que en su día debió de ser residencial. Pero no. No había embarcación a salvo.

Sobrevivíamos a base de latas de conserva que, como es obvio, los perros no habían podido abrir. Las había a cientos en las muchísimas viviendas y en los incontables supermercados.

Pasó una semana. Habíamos llegado a la conclusión de que éramos un experimento. Del Gobierno o de quien fuera. No sabíamos qué buscaban, qué querían

comprobar, pero estaba claro que éramos conejillos de Indias.

Por eso nos alegró tanto el sonido de los helicópteros. Por eso salimos a las terrazas a pedir no auxilio, pues deducíamos que los pilotos sabían de nuestra situación, pero sí diálogo. Deseábamos rescindir el contrato que no habíamos firmado y regresar a nuestras míseras vidas de desempleados hambrientos en la ciudad.

Los helicópteros se acercaron tanto que hubo un momento en que parecía que iban a estrellarse contra las azoteas. Sobre todo contra la que ocupábamos nosotros.

Entonces nos hablaron. Los altavoces resonaban por toda la isla. Nos pidieron que bajáramos a las calles. Nos lo ordenaron. Y así lo hicimos. Los helicópteros nos siguieron. Nos tapábamos los oídos, agobiados por el ruido de las hélices. Y cerrábamos los ojos para evitar el polvo que levantaban.

Uno de nosotros cayó de pronto. No oímos el disparo que lo abatió. Pero lo dedujimos al ver la sangre y, sobre todo, al ver caer al segundo. Los otros empezamos a correr hacia los edificios. Cada cual hacia un lado distinto. Distinguí, entonces sí, el sonido de varios disparos. De metralleta. Miré hacia atrás. Vi que caían algunos. No estoy segura de cuántos. Quizás todos.

Luego los helicópteros se alejaron.

Tardé poco en comprender de qué se alimentaban los perros que nos esperaban a la entrada de la isla. No nos atacaron porque no éramos cadáveres.

Estoy ideando el modo de acceder a la lancha que traiga a los siguientes blancos sobre los que practicarán puntería. Me pregunto cuánto tardará. Tengo la certeza de que vendrán. De no ser así, los perros habrían muerto de hambre. Me pregunto cada cuánto ponen el anuncio en el periódico. Me pregunto si será posible cambiarme por el patrón. Quizás haya ocurrido alguna vez y estén alerta.

A ratos también me pregunto qué sentido tiene regresar. Y me cuestiono la utilidad que podría procurarme mi ventaja respecto a los recién llegados. Ellos no saben lo que les espera.

Oigo un ruido.

TATUAJE

Cuando Genevieve, la tatuadora, ve llorar a Cata, la tatuada, para. Seca tinta y sangre con un algodón. Se endereza y descansa la espalda en el respaldo de la silla. Detiene la muñeca sobre la rodilla. Mantiene en alto la pistola de tinta. Pregunta:

—¿Tanto daño te hago?

Cata le contesta que no, que no es culpa suya, que lo está haciendo muy bien, que se ve que trabaja con delicadeza, que lo agradece, que siga.

Genevieve no pregunta más. No se conocen lo suficiente. Sólo lo imprescindible. Se habían visto por primera vez un par de semanas atrás, cuando Cata se le había presentado en el local con el diseño de lo que se quería hacer, a pedirle presupuesto, a preguntarle cuándo tenía horas disponibles y cuánto rato tardarían. La hizo pasar a la trastienda, un espacio pequeño, con una mesa de madera y un par de sillas plegables, también de madera, lleno de fotografías de tatuajes variadas, pero con un estilo singular, clavadas en las paredes con chinchetas de colores. Le ofreció un té, le indicó dónde sentarse y le dijo que tatuarse era un tema serio. Cata asintió e informó de que no era el primero que se hacía. Le enseñó algunos, estaban cubiertos por la ropa.

—Este es el primero que quiero llevar a la vista.

Genevieve tomaba apuntes en una libreta con lomo de espiral, sin tapas, de hojas a cuadros pequeños, de líneas azul celeste. Utilizaba un bolígrafo Bic mordido por el extremo, del que había desaparecido el tope de plástico. Negro. Llevaba las manos cubiertas de imágenes de color rojo que recordaban los estampados de telas de la India.

—¿Puedo preguntarte por qué?

Cata pensó que era demasiado seria o profunda o pesada incluso para ser una simple tatuadora. También recordó que quien se la había recomendado le había advertido que no se trataba de una tatuadora simple, que si no le gustaba lo que le proponían se negaba a hacer el trabajo, que si no sentía que era el momento oportuno se negaba a hacer el trabajo, que si la clienta no le daba buenas vibraciones se negaba a hacer el trabajo.

—Si no te lo explico, ¿te negarás a hacer el trabajo?

Genevieve levantó la ceja derecha mientras se le dibujaba una sonrisa.

—Veo que te han hablado bien de mí. No, no me negaré, pero está claro que trabajaré mejor si conozco tus razones.

—Se trata de un hecho que no entendí a tiempo —aclaró Cata—. Quiero recordar que la intuición sabe. La quiero escuchar, hacerle caso.

—Con eso me basta. Ahora, hablemos del dibujo. ¿De dónde has sacado este

búho?

—Lo encontré en una página de internet.

Genevieve negó con la cabeza.

—No te puedo tatuar un búho anónimo. Ven el martes de la próxima semana y te presentaré algunos diseños para que escojas. ¿Alguna característica particular?

—Que esté vivo, basta con que esté vivo —dijo Cata, y se fue.

Ahora le está tatuando un búho de alas extendidas, en pleno vuelo, pero todavía no ha acabado ni siquiera el perfil.

Genevieve sigue trabajando, Cata sigue llorando. Genevieve se concentra en la aguja, Cata cierra los ojos. Y cuando los cierra, se enciende la linterna.

Es de noche. Viven en una casa solitaria en medio del campo. Están todavía con los postres. La madre ha hecho flan, que es lo que más les gusta. El padre dice, vamos. Lo dice en cuanto oye a los búhos aletear en la galería y moverse por los tejados. No hay manera de eliminar a esas malditas bestias, se queja. Son infinitas. No aprenden. No pararán hasta dejarnos sin techo. La madre suspira. Se pone en pie y empieza a recoger la mesa. El hermano de Cata, Luis, sólo tres años menor que ella, que ha cumplido nueve unos días atrás, pregunta si puede ir. Ella piensa, que vaya él, que vaya él. Vamos, Cata, ve a buscar la linterna. Y fíjate a ver si tiene pilas. Ella va hasta la despensa, comprueba que el foco proyecta luz y camina luego hacia la puerta, donde el padre la espera con la escopeta en la mano. El hombre se ha puesto las botas y ha encendido un cigarrillo cuyo extremo, rojo fuego, destaca en la oscuridad cada vez que da una pitada.

Se dirigen al pino. El pino de los búhos. Luis siempre le pregunta, ¿y están muy arriba? ¿Y no se esconden? ¿Y no se escapan?

Los ruidos de la noche son tan diferentes a los del día. Los pasos del padre son fuertes, decididos. Ella, para seguirlo, va dando saltos. Saltos de tristeza. No le está permitido desobedecer. El padre considera que la obediencia es respeto. Que defender su casa es supervivencia. Que deshacerse de los búhos es su deber. Cómo puede ser que haya tantos. Son peor que ratas, dice.

Pero a Cata le gustan los búhos. Le gustan, con aquellos ojos brillantes y aquellas plumas con dibujos. Le gustan porque en los cuentos que lee son sabios y buenos. En cuanto el padre le dice, venga, enciende la linterna y busca, ella siente un escalofrío y procura hacer ruido para asustarlos, para avisarles, para delatarse, hemos llegado, estamos aquí, ¿acaso no os habéis enterado de lo que os pasará?

Cata enfoca hacia el pino con la linterna y allí están, deslumbrados e inocentes, los búhos. A ella le parece ver al señor búho y a la señora búho y a sus hijos el búho pequeño y la búho pequeña. A los primos, a los amigos. A veces, por suerte, hay pocos.

Suena el primer tiro y después el segundo y así hasta que caen todos al pie del pino, sin quejarse, sin un gemido, sólo se oye el golpe contra el suelo, seco, contundente, definitivo. Cata no ilumina el suelo, después, ya sabe lo que hay. El padre enciende otro cigarrillo, a ver si aprenden, malditos sean. Apaga eso, que se gastan las pilas. Volvamos; hemos hecho lo que había que hacer. Hemos hecho, dice siempre el padre. En plural. Claro, porque si ella no enfocara, si ella no iluminara, él no podría hacer puntería. Plural.

Y vuelven. Y el hermano los espera en la entrada, enfadado, algún día será él quien vaya, piensa Cata, pero para entonces ella habrá matado tantos que habrá perdido la cuenta.

Y siempre, al día siguiente, antes de irse a la escuela, Cata camina poco a poco hasta el pino, a escondidas, sin que nadie lo sepa, sin que nadie la vea, y les hace la señal de la cruz a todos los búhos, allí muertos, les hace la señal de la cruz sin saber demasiado bien por qué, lo hace y ya está, lo hace en singular, y después en clase, a veces, se distrae y los dibuja, en la libreta, y durante el recreo en el suelo del patio, en las pizarras, pero nunca consigue que le salgan bien, le salen apagados, le salen sin vida, le salen muertos.

Cata abre los ojos. Genevieve le ha dicho, hemos acabado. Y sí, ya está hecho. Un búho que vuela. Para perdonar al padre. Para que ella perdone al padre. Para perdonarla a ella. Para que ella se perdone.

—En unos días estará curado —le dice Genevieve. Y se refiere al tatuaje.

—En este mismo instante ha empezado a sanar —contesta Cata. Y se refiere a la vida.

LA IMPORTANCIA DEL SILENCIO DE UNA MOSCA

Ella choca contra los ventanales. No ve el cristal. O se cree capaz de traspasarlo. No entiende su existencia y de nada le serviría hacerlo. Cada vez que topa con el vidrio, se oye un golpe seco y cesa el zumbido. Apenas unos instantes. Es una de esas moscas grandes, de ojos prominentes que al parecer no ven nada, de esas pesadas, diríase que torpe. Reanuda el vuelo y otra vez lo mismo.

Yo estoy leyendo el Antiguo Testamento. Noé tuvo que decidirse a meter a una pareja de moscas entre las especies salvadas. Eso pienso. Me levanto a abrirle la puerta. Por ahí, le digo. No se da por enterada. Hay una salida y no la emplea. Como quieras. Impresiona ver a un ser empecinado en una idea que no funciona. Que no va a funcionar. Regreso al sillón para seguir con la lectura.

Dejo la puerta abierta. Pero la mosca no es pájaro en jaula. Se cree libre, tal vez. Siente que elige. Y así repite su periplo. Mi padre ya la habría aplastado con un diario doblado varias veces. Parte habría quedado en el papel, parte en la superficie sobre la que la hubiese atrapado. Antes cazaba conejos y perdices con escopeta. El instinto de matar la vida ajena. Como en la Biblia. De ahí sale todo y por eso me puse a leerla. Para entender tanta destrucción. Por ejemplo en el Deuteronomio 13:6-18: «Si te incitare tu hermano, hijo de tu madre, o tu hijo, tu hija, tu mujer o tu amigo íntimo, diciendo en secreto: Vamos y sirvamos a dioses ajenos, que ni tú ni tus padres conocisteis, a los dioses de los pueblos que están en vuestros alrededores, cerca de ti o lejos de ti, desde un extremo de la tierra hasta el otro extremo de ella; no consentirás con él, ni le prestarás oído; ni tu ojo le compadecerá, ni le tendrás misericordia, ni lo encubrirás, sino que lo matarás; tu mano se alzará primero sobre él para matarle, y después la mano de todo el pueblo. Le apedrearás hasta que muera».

La fragmentación del mal. La banalización del mal. Arendt. Recuerdo aquel cuento infantil para adultos de Clarice Lispector donde una mujer confiesa que mató a un pez. De pez a pescado. La mano del monstruo. Y entonces también me acuerdo de los Pérez, aquellas cotorras azul y verde. Eran de mi madre. No sé cómo tenía pájaros en una jaula. En el balcón que servía de lavadero. Y salió la familia un fin de semana y mi madre olvidó dejarles agua y alpiste y a nuestro regreso, en domingo por la noche, los Pérez estaban muertos de hambre y de sed. Mi madre los tiró a la basura metidos en unas cajas de medicamentos, ataúdes improvisados, no los voy a tirar así nomás, no te parece, y nunca se lo perdonó. La recuerdo llorando y diciendo, con lo poquito que comen, con la poquita agua que precisan, y los maté, los maté. Y sí.

De afuera me llega el sonido de las olas del mar, exactas. Cuento los segundos que tardan en estrellarse contra la arena. Se persiguen o se imitan. Los pinos, los sauces,

los tilos, los ciruelos mueven sus ramas a merced del viento que hoy ha decidido ser más fuerte que ayer. Entonces me viene a la memoria el cerezo al que cercené la vida sólo porque iba a destrozar el camino de piedra de Ulldecona que cruzaba el jardín delantero de la casa. Había empezado tiempo atrás a dar cerezas, era alto y fuerte, la casa del cerezo decía la gente, y lo talamos un amigo mío con su sierra mecánica y yo que lo miraba hacerlo sin frenarlo, sin decirle pero qué estamos haciendo, pará, che, pará, qué barbaridad es esta, cómo vamos a matarlo, a la mierda el camino de piedras. Fue leña y lo prendí en la chimenea, poco a poco fui quemando a mi amigo en rodajas y desde entonces lo extraño y me duele. Cada vez que puedo hablo de él, lo escribo o lo pinto o lo canto. Para hablar de nuestros crímenes se pinta, se canta y se escribe.

No sé cuáles son las reflexiones de la mosca mientras las mías son estas. Puede que esté recordando también a sus padres, cómo saberlo, esos padres que se habrán alimentado, como ella, de carnes descompuestas y materias fecales, esos progenitores capaces de volar y sin interés alguno en matar a nadie. No puedo ponerme a tener los pensamientos de la mosca.

Se oye de fondo el canto de distintos pájaros. Reconozco a las calandrias. Y el grito de las gaviotas. No hace tanto salí de viaje con una buena amiga mía y en un pueblo alejado de todo encontramos a un tipo practicando puntería con los chimangos, un tiro tras otro. Le dijimos, le imploramos que dejara de hacerlo. Era una crueldad. La escopeta es mía y los pájaros no son de nadie. Esa fue su respuesta. Le dije a mi amiga, vámonos que todavía nos va a disparar a nosotras, que tampoco somos de nadie, vamos. Se resistía mi amiga, veterinaria ella, siempre curando a las bestias. A veces la llamo Asís. Aprender a aliviar a quienes no tienen la palabra para defenderse ni para quejarse. Después se hizo vegetariana. Yo le dije, no es lo que comés, es cómo lo matan. Es cómo lo producen. Es cómo los tratan, pobres bichos, hacinados para morir. El tipo siguió disparando y se veía a los chimangos caer desde las ramas, sin entender nada, imposible para ellos comprender en qué se habían equivocado, por qué habían perdido el equilibrio, qué les había sucedido a las alas, incapaces de abrirse para aterrizar.

Tras esos recuerdos vuelvo a la lectura bíblica y sigo con la enumeración apabullante de grandes sacrificios que los creyentes deben hacer para satisfacer la insaciable ira de los poderosos que dicen tener diálogo directo con dios. Descuartizan aves y queman mamíferos. Vivos. Cientos. Y esparcen su sangre alrededor de los altares. Y luego los nietos y bisnietos y tataranietos de aquellos se llamaron santa y se llamaron inquisición y lo que quemaron vivo fue personas, médicas, filósofas, astrónomos, matemáticas, artistas. En hogueras públicas.

Qué mañana llevo, me digo, y vuelvo a dejar el libro sobre la mesa baja del salón y salgo al jardín y observo el balanceo equilibrado del llamador de suertes que fabriqué el otro día con palos y piñas. Ahí está el móvil, fiel a su misión de columpiarse con el

impulso de la brisa. Y viene a mi cabeza aquel lejano tío mío, millonario, constructor, dispuesto siempre a diezmar montes y campos y selvas para sembrar aceite de palma o soja, para elevar cementos con ventanas y venderlos como segundas residencias o como blanqueos de dinero. Y vuelvo a mirar a la mosca y la veo darse cabezazos contra el cristal, intentando salir por donde no se puede ni se va a poder. Y de nuevo me digo cómo impresiona ver a un ser empecinado en una idea que no funciona. Y le hablo a la mosca, le digo, por ahí no vas a salir, no hay manera, te vas a matar.

Es inevitable entonces que visualice a Baltasar, el caracol que vivía con mi abuela. Este caracol tiene que redimirme por todos los que maté para cocinarlos, decía. Y le daba lechuga y le hablaba. Baltasar vivía en dos baldosas y media de la cocina: conocía muy bien su terreno, sabía dónde estaba a salvo. Mi abuela le hablaba pero también le leía. Las fábulas de Esopo le leía. Lo de los animales. Qué sabios son los animales, decía ella, que es de quien aprendí todo o casi todo, a no tener miedo de nada, por ejemplo, que es la base del conocimiento, con miedo no puede saberse ni elegirse nada. El que teme no navega, sólo flota a la deriva.

La mosca no tiene miedo, supongo. Intuye que aquí nadie va a matarla, quizás. Agita las alas sus doscientas veces por segundo y va hacia la luz. Influida por mis lecturas sonrío al pensar que se trata del espíritu santo, un viento que aletea por encima de las aguas. Pero Noé mandó a una paloma, con un promedio de vida de seis años, claro, podía necesitar más de quince o veinte días en ir y volver con la rama de olivo en el pico, y no a una mosca común cuyos ciclos de vida, huevo, larva, pupa y etapa adulta, se cumplen en poco más dos semanas. Y además a ver cómo carga una mosca con una rama de olivo. En qué pico.

Pico y pala para las minas de oro y de plata, de litio y de esmeraldas y diamantes, de carbón, de coltán. Se le abren agujeros al planeta con manos de hombres pobres y de mujeres pobres y de niños pobres y de niñas pobres y después se regalan anillos de compromiso y se telefonea para el cumpleaños a padre y se hacen parrilladas. Y así. Y todo es inocente. Arendt. Las minas se defienden (defender) de los depredadores (depredadores) con armas, y con armas se hacen las guerras. La Biblia está llena de degüellos y de invasiones y de violaciones. De pueblos enteros que arden vivos. Esas hogueras llenas de llamas y de gritos. Jueces 20:48: «Entonces los hombres de Israel se volvieron contra los hijos de Benjamín y los hirieron a filo de espada, a toda la ciudad, así como al ganado y a todo lo que encontraron; también prendieron fuego a todas las ciudades que hallaron». O en Josué 6:24: «Y prendieron fuego a la ciudad y a todo lo que en ella había. Sólo pusieron en el tesoro de la casa del Señor la plata, el oro y los utensilios de bronce y de hierro». Quemaron la carne y guardaron el metal. El negocio de matar.

La mosca se queda quieta. No la veo. Puede estar descansando en cualquier lugar. Puede que le haya llegado la hora. Su silencio está presente. La importancia del

silencio de una mosca. Sería un buen título si quisiera escribir un relato sobre mi relación con ella. La relación de hoy. ¿Hemos establecido una? ¿Sabe ella que estoy aquí? ¿Me diferencia por algún motivo de los muebles, de los vidrios? ¿Sabe que estoy viva? ¿Sabe que estamos vivas, de alguna manera distinta a como lo sé yo? Recuerdo otra vez a Lispector. Sustituya la palabra huevo por la palabra mosca. ¿Qué obtiene? «Miro el huevo con una sola mirada. Inmediatamente advierto que no se puede estar viendo un huevo. Ver un huevo no permanece nunca en el presente: apenas veo un huevo y ya se vuelve haber visto un huevo hace tres milenios. En el preciso instante de verse el huevo, este es el recuerdo de un huevo. Solamente ve el huevo quien ya lo ha visto. Al ver el huevo es demasiado tarde: huevo visto, huevo perdido. Ver el huevo es la promesa de llegar un día a ver el huevo. Mirada corta e indivisible; si es que hay pensamiento; no hay; hay huevo. Mirar es el instrumento necesario que, después de usarlo, tiraré. Me quedaré con el huevo. El huevo no tiene un sí mismo. Individualmente no existe». ¿Se le puede perdonar a dios la existencia de una mosca muerta o moribunda? De una mosca que ya no vuela, no zumba, no choca, no busca la luz. Un cadáver. ¿Debería buscar una caja de cartón, remedo de ataúd, para tirarla, como hizo mi madre con los Pérez? ¿La bautizo antes? 2 Reyes 9:10: «Y a Jezabel la comerán los perros en el campo de Jezreel, y no habrá quien la sepulte. Y abrió la puerta». Jezabel. Le queda. Fue también el nombre que le puso mi tía a una paloma moribunda que rescató en la calle. La metió en una caja de cartón, parece algo que mi familia considera oportuno hacer con los animales, muertos o moribundos, y la llevó a su casa y le dio agua y no sabía qué darle de comer, y llamó por teléfono y preguntó qué comen las palomas callejeras, calculaba tal vez que el menú de las mensajeras sería otro, no sabemos, ¿ramas de olivo? ¡Cómo van a comer eso! Ya busqué, tía, comen avena, trigo, maíz, sorgo, cebada, lentejas, arroz, lino, algarroba, habas, sésamo, mijo, guisantes y girasol. Había pasado poco más de una hora desde su llamada. No importa, pobre, ya murió Jezabel, no tenía ganas de vivir, parece. Mi tía siempre proyectaba sus emociones sobre todo lo que la rodeaba. Era capaz de decir que un plato se había suicidado. Ese tipo de persona. Parecía criada en una tribu animista en vez de en el barrio porteño de Flores.

Mi Jezabel en cambio sólo estaba descansando. Oigo de nuevo el zumbido. No la localizo con la vista pero ahí está otra vez. Dejo el libro y me levanto a cerrar la puerta. Al cabo de un rato, se posa sobre la Biblia. Una mancha negra en la tapa roja. Me encantaría contarle, decirle, qué risa que fuiste justo a ponerle el punto a una i. Mosqui. Le sonrío a la mosca, por qué no. Y ahí ocurre algo de difícil explicación. Acerco la mano a Jezabel y la tomo entre los dedos pulgar y medio. La saco al balcón que da entrada al palafito en que vivo. La dejo sobre un mosaico. No se mueve. Puede que la haya aplastado sin darme cuenta. Mi intención era liberarla, acercarla a un lugar donde no chocase contra los cristales. A lo mejor es el temor lo que la mantiene

inmóvil. Se escuchan los golpes del agua del mar contra las patas de la casa. La brisa ahora es suave. Un montón de jazmines se abrieron y exhalan su perfume ajenos a quien pueda o no gozar de él. El cielo está de un azul más propio del dibujo de un niño que de la realidad. Ni una nube. Sólo el sol. Palomas, gaviotas, calandrias y golondrinas lo surcan sin propósito conocido, parece pura alegría. Y Jezabel no reacciona y siento una pesadumbre como de musgo, como de rama excedida de frutos, como de cangrejo que se pasó de largo al enterrarse en la arena. Así que compungida acerco mi dedo índice al animal caído, visualizo la capilla Sixtina, el oro y la plata y el litio y el coltán del Vaticano, y veo con incredulidad cómo, compadecida, Jezabel trepa a mi dedo, lo juro, me mira, eso creo, y, antes de iniciar el vuelo con un zumbido renovado, sabe lo mismo que sé yo: que estamos vivas de la misma vida. La veo desaparecer y luego entro en la cabaña, veo de reojo la Biblia y me digo que ahí todo está equivocado.

SEGUNDA PARTE

Otros arrepentimientos, por el contrario,
sólo se perciben por medio de las transparencias
que, tras varios siglos, van adquiriendo
algunas pinturas

LA DEDICATORIA DE FAULKNER

Me mostró el libro, de Alfaguara; abrió por la primera página.

—Me lo dedicó en persona de puño y letra, ¿ves?

Estaba claro que era una reverenda estupidez. Era imposible que hubiese conocido a Faulkner.

—¿Tú eres tonto? O crees que el tonto soy yo, claro. Será eso.

—Que no, que estuve esperando a que saliera de la proyección, *Luz de agosto* en mano, y el hombre fue muy amable, enseguida me dijo faltaría más, ¿tenés birome? Se refería a si tenía un bolígrafo, de lo que no cabe duda es de que ha aprendido el español de Sudamérica, pero hay que ver cómo lo habla, claro que un tipo inteligente como él, pues normal, ¿no?

—¿Qué proyección? Tú sabes que Fokner murió en 1962, ¿verdad? Y debes de recordar, supongo, que tú naciste en el 66. ¿No ves que no puede ser? Bonita letra, eso sí.

Cogí el volumen con una cierta envidia, sé que absurda, pero quizás tenía que ver con aquella convicción con la que mi amigo mostraba su tesoro que, claro estaba, yo no iba a dejar con vida.

—Pues eso es lo que vengo a decirte, que no ha muerto. Fulkner vive.

—Se dice Fokner, no Fulkner.

—Eso da igual. Fulkner está vivo, eso es lo que te estoy diciendo. Y he estado en su casa. Vive aquí, en Madrid.

—O sea que Fulkner, como dices tú, está vivo, y sólo tú lo sabes.

—Me di cuenta nada más verlo.

Calculé deprisa. Estábamos en 1987. Faulkner había nacido en 1897. Podía tener noventa años, de no haber muerto de un infarto en el 62.

—No te creo.

—Bueno, va de incógnito, trabaja de acomodador en un cine. Se hace llamar Arturo. Sigue dándole a la bebida. No quiere ni oír hablar de recuperar su antigua identidad. Ahora finge haber nacido en Buenos Aires. Vive con estrechez. Me pidió algo de dinero a cambio de la dedicatoria.

—Ahí está la madre del cordero. Ahora sí te creo.

—No te entiendo.

—Pues es muy fácil: el listo al que le pediste la dedicatoria vio en ti su gran oportunidad. Es una estafa.

La verdad es que la firma de Faulkner era perfecta, idéntica a la que se conocía de él. El trazo exacto. Parecía que dijese William Forllan.

—Tengo otra noticia que darte.

Lo miré con impaciencia. ¿Qué se había fumado?

—Mark Twain también está vivo. Comparten piso.

—Oye, de verdad, tengo que irme, Laura me espera en casa, en serio, tienes que ver a un médico, a un psiquiatra, estás fatal, tío. Lo tuyo con el whisky no tiene nombre. Si es que es sólo whisky.

—No he acabado —dijo entonces mi amigo.

—¿Quién más vive con ellos? —Fue una broma, pero me contestó.

—Albert Einstein, que es quien ha conseguido trasladarlos hasta el presente.

—Vamos a ver, o sea, a ver, Toni, ¿me estás gastando una broma, has perdido la chaveta o qué?

Toni se encogió de hombros.

—Estuve con ellos el fin de semana pasado. Y les hablé de ti.

—¿De mí?

—De ti, sí.

—¿Y qué les dijiste?

—Pues la verdad, que eras un crack y que no tenías el reconocimiento que merecías. Lo del profeta en su tierra y tal.

—¿Y qué dijeron ellos? —Pensé que, fueran quienes fuesen las personas con las que había hablado, bien valía la pena conocer su opinión.

—No habían oído hablar de ti.

—¿Y de ti sí?

—Pues no sé, no se me ocurrió preguntarles. A Fulkner yo mismo le dije quién era y cuando me invitó al apartamento pues ya él me presentó a los otros.

Asentí. Estábamos en un bar que había muy cerca de la productora cinematográfica en la que trabajaba Toni. Apuré el whisky que nos habían servido y me pedí otro. También pedí un segundo trago para él.

—Oye, Toni —le dije—, ¿me estás contando un guion para tu próxima película o de qué va todo esto?

—No, Enrique, te estoy contando algo que no puedo esconder más tiempo. Einstein me ha propuesto llevarnos al futuro.

—¿Llevarnos? ¿Plural?

—No irás a creer que me voy a ir al futuro solo. Al menos tener alguien con quien compartirlo. Albert dice que si cualquiera de los tres hubiese venido solo, habría enloquecido.

—¿Albert? —Iba a aclararme que hablaba del científico; levanté la mano—: Ya sé a quién te refieres —seguí—: A ti no te hace falta irte al futuro para enloquecer. ¿Y Einstein de qué va, ahora?

—Trabaja de cajero en un supermercado.

—¿Perdona?

—Qué quieres que te diga. Es lo único que ha encontrado. Intentó entrar en un centro de investigación, pero no pasó las pruebas, creo que me dijo el test psicotécnico. Se llama Alberto y dice que es sevillano.

—¿Y Twain?

—Mark es pintor de brocha gorda. Samuel. De Bilbao.

Toni se acabó la copa.

—¿Te interesa o no?

—¿El qué?

—Pues lo de ir al futuro, Enrique, qué va a ser. Te lo estoy diciendo.

¿Fue el whisky? No lo sé, pero sí sé que justo en ese instante empecé a pensar que podía ser cierto. ¿Por qué no? A ver, ¿por qué no? Y si era verdad, ¿me interesaba?

—Pues no sé yo, debería pensarlo unos días. Ahora las cosas con Laura empiezan a ir bien. Y estoy a punto de cerrar una exposición con la Galería Bellini. Mi marchante me ha hablado de un museo de Polonia que se ha interesado por comprar mi obra.

—¿Polonia?

—Y una pregunta —le dije entonces—: ¿Se puede volver?

Toni negó con la cabeza. Dijo:

—No, el tema es que no. Pero ellos tres dicen que no volverían por nada del mundo. Están encantados con su fama de la vida pasada. La disfrutan. Y les encanta el presente. No sienten que tengan que ser nadie. ¿Sabes este agobio que tenemos nosotros? Que si progresar, que si darte a conocer, que si trepar. Nada, tú. Ellos nada. Se los ve felices. Un apartamento pequeño, compartido. ¿Quieres venir a conocerlos? No te obliga a nada. Si luego no quieres viajar al futuro, pues en paz. Pero que te lo cuenten ellos, ¿sabes? Tú imagínate, allí en el dos mil qué sé yo cuántos, el año lo elegimos nosotros, y ver qué ha pasado con lo nuestro, tus pinturas, mis películas. ¿No sientes curiosidad? Porque además no hace falta que nos muramos en esta vida. Nuestro yo seguirá viviendo y desarrollándose como si siguiéramos aquí. Un chollo, tío.

Cómo no iba a sentir curiosidad. Cuántas veces me había preguntado si valía la pena seguir adelante con los pinceles, si era un error dedicarles la vida. Pero cuántas otras veces había pensado que me reconocerían cuando hubiese muerto, que muchos de los que habían hablado en mi contra tendrían que cerrar la boca, si todavía estaban vivos. Cuántas veces había visto mi triunfo como la mejor de las venganzas y mi fracaso como el peor de los castigos.

—¿Y cuándo podría ser?

—¿El qué?

—Pues ir a verlos, qué va a ser.

—Tendría que preguntarle a Arturo cuándo libra.

—¿Quién es Arturo?

—Ya te lo he dicho, es el nombre que se ha puesto Fulkner, que no le gustaba William. Ni Guillermo. Que en el cine tiene turnos. Le llamo en un momento, a ver si me lo coge.

Y Toni pidió en la barra el teléfono, que el camarero sacó de debajo del mostrador y allí lo depositó, tras informar sobre el precio de la llamada, con un golpe que sonó con estruendo.

Habló Toni con Arturo.

—Que el domingo por la tarde no trabaja. Y los otros tampoco. Así que a las seis en su casa.

—Bueno, vale.

—Oye, de esto ni una palabra a nadie, ¿eh? A nadie.

Negué con la cabeza. Ni se me ocurría la idea. Quién iba a creerme. Y además, si todo aquello acababa por ser cierto, quién no me decía a mí que un reportero sagaz o un millonario sin escrúpulos no iba a intentar apoderarse de la exclusiva o del viaje al futuro.

Pagué las copas y la llamada.

—Nos vemos el domingo, pues.

—Quedamos aquí a las cinco —dijo él—. Yo te llevo.

Era martes. No dormí ni una noche hasta que llegó el domingo. Aproveché para pintar de madrugada y acabar las piezas que me faltaban para la gente de la Bellini, que no paraba de reclamar con la excusa de que se nos echaba el tiempo encima y que de haberlo sabido habrían elegido a otro, pero que ya estaba anunciado, que menuda irresponsabilidad.

—Vaya pedazo de ojeras traes —me espetó Toni nada más verme.

Me encogí de hombros. Qué podía decirle. Contarle lo del insomnio habría sido delatar mi incertidumbre. Me conocía desde siempre.

—Venga, Enrique, que te conozco más que tu madre, que no has pegado ojo. Porque sabes que yo no miento. No te he mentido nunca. ¿Por qué iba a hacerlo esta vez?

Había subido al coche. Hacía un poco de frío. Estaba oscuro.

—No digo que me mientas. Pueden haberte mentido a ti. ¿Qué pruebas tienes?

—Pues que son ellos. Ya los verás.

El edificio era más bien ruinoso. Por supuesto sin ascensor. Vivían en el último piso. Llamamos al timbre. Se abrió la puerta. Y allí estaba Mark Twain. Sin duda era él. En persona. Bastante joven. Pelo abundante y bigote. Nos hizo pasar hasta la sala, donde esperaban, sentados a una mesa con tapete verde donde jugaban a los dados, Arturo y Alberto. También jóvenes. También pelo abundante y bigote grueso.

Pensé que los tres se parecían. Luego caí en la cuenta de que también Toni y yo nos

asemejábamos. Pelo abundante y bigote grueso. Éramos cinco hombres parecidos.

—Así que este es ese amigo tuyo del que tanto nos has hablado, ¿eh? —dijo Alberto—. Así que este es el pintor de esos murales indescriptibles, ¿eh?

Toni asintió y recibió el abrazo que, aun sentado, le ofrecía Einstein. Yo no daba crédito y esperaba, más mudo que callado, a que me dijeran qué debía hacer.

Entonces Faulkner se levantó y me tendió la mano. Las estrechamos. Me dijo que era un placer conocerme. Empecé a hacerle algunas preguntas sobre su obra y me detuvo con un solo gesto:

—¿Por qué crees que acepté venir al futuro? No quiero ni oír hablar de mí mismo. Háblanos de ti.

Y me extendí sin freno. Me quejé, me adulé, me valoré, me explayé. Quedé exhausto.

—Cuánta energía —exclamó Einstein.

Me hizo gracia que fuera él quien mencionara la energía. Reí. Rio. Reímos todos.

Samuel propuso servir unas copas. No hubo quien se negara. Llegó la medianoche en un minuto.

—Qué relativo es el tiempo —dijo Einstein. Y todos volvimos a reír.

—Nos vamos —anunció Toni—. Ya os diremos algo respecto a nuestro viaje al futuro.

Nos acompañaron los tres hasta la puerta. Parecían trillizos.

—¿Pero tú te das cuenta de la mina de oro que podría ser esto? —le dije a mi amigo en cuanto subimos al coche—. Joder, podríamos forrarnos.

Toni me miró perplejo:

—¿De verdad ese es el primer comentario que se te ocurre después de haber pasado media docena de horas con tres genios supuestamente muertos?

Me sentí avergonzado, pero no dejé de hacer cálculos.

—¿Y de ir al futuro, qué? —preguntó Toni.

Que ya veremos en el futuro, pensé, pero dije:

—¿Y por qué a nosotros? ¿Por qué a ti? ¿Qué ganan ellos? Seguro que hay algo escondido. Quizás necesitan convencer a alguien de que se vaya al futuro para poder volver ellos al pasado.

—Entonces buscarían tres. Además, incluirte a ti fue cosa mía.

—Muchas gracias, Toni, qué majo eres. No sé, me huele a chamusquina.

—Pues claro que apesta, o sea, tres tíos muertos te ofrecen irte al futuro, no cabe duda de que huele a chamusquina, pero por eso mismo te pregunto, ¿qué perdemos?

—Perdemos esta vida, Toni. Todo lo que hemos conseguido y vivido hasta aquí. Es que imagínate que resulta que es verdad.

—Oye, Enrique, ¿tú eres tonto o qué? Claro que es verdad. Y cuando lleguemos al futuro no tenemos por qué entrar a trabajar en un súper de cajeros. Podemos decir

que somos nosotros.

—¿Y si no nos hemos hecho famosos como ellos? Si fuera al revés, podríamos predecir el futuro, pero así las cosas... ¿No te parece mejor hacer negocio con el descubrimiento?

—Pareces tonto. Si los delatamos, lo negarán todo y nos tomarán por enfermos mentales.

—¿Habrán enviado ya a alguien?

—No, me dijo Fulkner que todavía nadie los había reconocido, nunca, a ninguno de ellos. Extraño, ¿verdad?

—Hombre, a mí no me parece tan extraño, sólo a ti se te ocurre un despropósito como este.

—Mira, Enrique, hay que estar atento a las otras dimensiones de la vida. No puedes creerte la realidad como si fuera cierta. Eso es el arte.

—En eso tienes razón.

—No puedes dejarme solo en esto, colega. Hay que ir. Quedarse ya no es una opción.

Me di cuenta de que Toni tenía razón, aunque no lo reconocí en aquel momento. Después de enterarme de la oportunidad, no era posible vivir sin cruzar aquella puerta. Lo maldije. Antes de despedirme de él le pregunté:

—¿Crees que podríamos llevarnos a Laura?

—Tío, no me seas cursi. El futuro estará lleno de tías.

Llegué a casa y fui directo a la Enciclopedia Durvan que había sido de mi padre. Quería leer las entradas de los tres personajes completas. No sé con qué intención. Por hacer algo. Para no pintar. Para no dormir. Para no pensar. Recordé que siempre había querido tener la Espasa Calpe, que la Durvan era enciclopedia de pobres.

A las cinco de la madrugada llamé a Toni y acepté.

ÚLTIMO TÉ CON ELEANOR

Esta es la típica crónica en que unos documentos antiguos revelan un secreto. Si fuese yo escritora de ficción, trataría el material de un modo distinto y construiría una estructura narrativa que permitiera, quizás, alterar algunos elementos para, por ejemplo, tergiversarlos y darles un toque más original o más personal. Pero haberme convertido en redactora de sucesos conlleva ciertas características que no puedo sortear. Sí puedo sortear en cambio otros obstáculos gracias a la posesión del carnet de prensa internacional, acreditación que me enorgullece pues me incluye como miembro de derecho en uno de los colectivos más comprometidos con la verdad, al menos en tiempos pasados, de los que en el mundo existen o han existido o incluso existirán.

A las 8:35 del día 3 de noviembre, Andrea Mayo (o sea yo, pero a partir de ahora ella) fue recibida en el vestíbulo de la Casa Blanca con las medidas de seguridad previstas para tales ocasiones. Hay que decir que la Mayo había pedido el permiso con años de antelación. Había visto una película en la que aparecían los pasadizos secretos del edificio presidencial y quería recorrerlos con la voluntad de incluir algunos comentarios al respecto en su ensayo titulado *El poder detrás del poder*. Entre otras cuestiones, quería aclarar la polémica sobre la fecha de la construcción de los corredores, que se atribuía por lo general a Truman, quien, sin embargo, no había hecho más que agrandar, mejorar y reformar los que había mandado construir el cuatro veces electo presidente Roosevelt a instancias de su esposa, quien se sentía vulnerable desde que su insigne marido se enamorara de su insignificante secretaria, la de ella, y decidiera relegar a Eleanor al ostracismo, extremo que ella manejó con considerable habilidad. No en vano la historia le atribuye frases como la siguiente, «El ayer es historia, el mañana un misterio, el día de hoy es un regalo, por eso lo llaman "presente"», en la que la primera dama demuestra haber comprendido la fragilidad de cualquier estado o situación.

A las 9:50 de esa misma mañana, Andrea Mayo recorría perpleja lo que no había visto en la película, por supuesto, y lo que tampoco había imaginado, con la suerte además de estar acompañada de sólo otros siete periodistas de nacionalidades distintas a la suya, quienes no mostraban interés por aquella zona ya que, sobre todo, habían pedido vez para visitar el famosísimo despacho oval. Esa obsesión de los otros por aquella sala fue la que permitió a la Mayo rezagarse y recular unos pasos, apenas dos o tres, los suficientes para comprobar que era cierto que había visto, entre otros volúmenes, las primeras ediciones de *The Autobiography of Alice B. Toklas* y de *Ladies Almanack showing their Signs and their Tides; their Moons and their Changes;*

the Seasons as it is with them; their Eclipses and Equinoxes; as well as a full Record of diurnal and nocturnal Distempers. Written & illustrated by a lady of fashion, que por supuesto, aunque se contuvo, estuvo tentada de sustraer y apropiarse, y que era cierto también que había visto sobresalir de entre ellos unos papeles amarillentos que llamaron su atención de esa forma poderosa en que lo hace todo aquello que debe suceder para que se instaure en el universo una justicia poética para la que nadie jamás ha encontrado explicación pero que sin duda permite que el mundo no se destruya a sí mismo. Nadie estaba pendiente de ella, ninguna cámara enfocaba hacia aquel rincón, su cerebro reclamó al cuerpo toda posible concentración para idear la mejor estratagema, que se manifestó en forma de aparente pero efectivo tropiezo, mano que se apoya en estantería, carpeta en que iba tomando notas que cae al suelo, bajada de torso para recogerla y, en el camino, arrastrar esas hojas apretadas entre los libros, recuperación inmediata de la verticalidad, ya los documentos mezclados con sus apuntes, justo en el momento en que el guía había retrocedido hasta donde ella estaba y, con un sonrisa forzada que procuraba excusarla por su escandalosa torpeza, la ayudaba a recomponerse mientras pasaba revista para corroborar que todo hubiese quedado tal como estaba, cosa que en su opinión al parecer había sucedido puesto que la visita siguió adelante, camino del lugar estrella mientras el corazón de la Mayo latía con una descomunal velocidad comparable quizás al aleteo casi invisible de un colibrí.

A las 10:10, reunidos en el despacho oval, los ocho afortunados periodistas recibían las explicaciones del guía, una especie de apología del sistema político estadounidense, la seguridad nacional, la larga lista de cuarenta y cuatro presidentes desde George Washington, una lista en la que no había ninguna mujer; cómo era posible que a alguien se le ocurriera hablar de igualdad en el mundo, de restablecimiento de la justicia, de respeto, cómo era posible que algunas mujeres siguieran creyendo que los varones eran sus compañeros, es decir, que los padres estaban dispuestos a defenderlas de sí mismos, que los maridos estaban dispuestos a defenderlas de sí mismos, que los hijos estaban dispuestos a defenderlas de sí mismos, cómo podía ser que lo creyeran un año tras otro y un lustro tras otro y una década tras otra y un siglo tras otro, cómo podían creer que las cosas iban a cambiar o que habían cambiado, cómo podían creerlo en un mundo en que a la primera mujer de la historia bíblica se la había hecho virgen para que sólo desde dentro pudiera desvirgársela, del único modo en que el macho puede aceptarlo, es decir, concibiéndolo a él. Andrea Mayo agitó la cabeza de lado a lado y esquivó como pudo una náusea intelectual de lo más inoportuna. Se dio cuenta entonces de que los estaban despidiendo, las puertas abiertas, cabezas que se inclinan, manos que se estrechan, pasillo por delante, propaganda acabada, mañana ocho más.

Andrea Mayo apretó la carpeta contra el pecho y salió a la calle entre incrédula y agobiada: volvía la cabeza hacia atrás, como si fueran a perseguirla, como si hubiese

salido no de la Casa Blanca con unos papeles ajenos sino de un H&M con una camiseta robada y, en vez de sonar las alarmas, hubiese sido el guardia jurado el detector del hurto, aquella mujer se ha llevado algo, lo he visto, no la dejéis escapar, ha sido ella, seguro. Pero no, nadie la seguía, no se habían dado cuenta, sólo aquello valía un artículo impagable, ponía en cuestión la alta seguridad del centro del mundo, los dejaba con el culo al aire, incluso cuando aquellas hojas no fueran más que, por ejemplo, propaganda, listas de invitados, nada decisivo. Por supuesto que la Mayo no lo averiguaría hasta un buen rato después, cuando se sintiera a salvo, lejos de la mirada de cualquiera que pudiera haberla visto, es decir, que no revisaría lo que se había llevado hasta que estuviera subida al avión de regreso a Brooklyn, es más, en el lavabo de ese avión, encerrada.

A las 14:30 no daba crédito. Minutos después de que se hubiese apagado la señal luminosa del cinturón de seguridad, y no la de prohibido fumar, como si a alguien pudiera todavía ocurrírsele la delicia molesta de encender un cigarrillo en pleno vuelo, la Mayo se levantó, carpeta en mano, no la había soltado más que para pasarla por la cinta de seguridad, y dio por sentado que nunca volvería a sentir tanto miedo ni tantos nervios, porque además el funcionario, justo cuando le tocaba a ella, detuvo la máquina, le pidió que le mostrara la carpeta y por suerte concluyó que los objetos punzantes y amenazadores que le salían en pantalla eran los ganchos metálicos con que estaban acabadas las gomas que sostenían el archivador cerrado, así que le sonrió y casi rio y le hizo un ademán con el que expresaba a las claras que se había equivocado y que podía seguir, es más, que siguiera sin demorarse porque se había formado una cola excesiva, así que la Mayo se levantó, pidió permiso a su compañero de asiento para alcanzar el pasillo, ella volaba en ventanilla, y tuvo que hacer algunas torsiones y contorsiones porque el tipo en cuestión ni siquiera se puso de pie, sólo apartó un poco las piernas, concentrado en su tablet, pero a la Mayo no le importó como sí le habría molestado en otra ocasión, en otra ocasión le habría cantado las cuarenta, pero no, saltó por encima de él y caminó decidida hasta el lavabo más cercano, que estaba libre.

No daba crédito. Miraba las hojas que tenía ante los ojos como si fueran perros verdes. Carta de Eleanor Roosevelt a Gertrude Stein y Alice B. Toklas. Seguida de carta de Gertrude y de Alice a Eleanor. De pronto, oyó unos golpes en la puerta. La Mayo dedujo que la habían descubierto. Que habían esperado a que el avión despegase para que no tuviera escapatoria. Iban a detenerla. ¿Cuánto le caería por robar en la Casa Blanca?

No era la policía. Turbulencias. Debe regresar a su asiento. Qué inoportuno.

La carta de la Roosevelt, manuscrita y sin duda copia a carboncillo de la original, era larga.

Eleanor agradecía en primer lugar a Gertrude y a Alice su visita de semanas atrás. Luego decía, como si las otras tuvieran que saber de lo que les hablaba: «Nadie puede

hacernos sentir inferiores sin nuestro consentimiento. La vida se hizo para vivirla. Uno nunca debe, por ninguna razón, dar la espalda a la vida». La Mayo no tardó en comprender que se refería a su relación amorosa con la periodista Lorena Alice Hickok y creyó que se quejaba del secreto en que se veía obligada a vivir. «No puedo callar por más tiempo. Sólo vosotras conocéis la profundidad de mis sentimientos».

De nuevo los golpes, esta vez imperativos. Vamos a abrir la puerta ahora mismo.

Debía salir y volver a sentarse. El avión daba unos saltos mortales que, en otro momento, la habrían asustado. Ahora le parecían livianos, si los comparaba con los de su corazón.

De nuevo ideó contorsiones para saltar el obstáculo hecho hombre que viajaba a su lado. De nuevo el obstáculo no se inmutó y siguió pendiente de las imágenes de la tablet. Mejor que estuviera abstraído en sus asuntos. Que no la espiara ni siquiera por el rabillo del ojo.

La Mayo, tranquila pero todavía maravillada por su suerte, pidió un buen vino, Morro Bay, lamentó para sus adentros la prohibición de fumar, encendió la lámpara que apuntaba a su asiento y se dispuso a leer. Esta vez empezó por la carta de Gertrude y Alice.

«Querida Ele, antes de visitarte nos preguntábamos por qué nos habías invitado a tomar el té (no sabes cuánto te agradecemos que, una vez allí, le añadieras whisky). Claro que habíamos oído rumores acerca de tu idilio con Lorena, pero de Lorena se ha hablado siempre tanto que nunca hemos dado demasiado crédito a las correrías que se le han atribuido. [...] Es una excelente periodista, qué duda cabe, pero nada la detiene, jamás. Me pide Alice que te diga que Lorena fue amante de una amiga suya de juventud y que le rompió el corazón. Por mi parte, permíteme decirte que nunca he creído en corazones rotos y sí en mentes enfermas: lo que se entiende por amor y por desamor tiene más que ver con la adicción que con la empatía. Alice se queja por lo que estoy escribiendo; no quiere reconocer que mi método cartesiano para la vida ha salvado nuestra relación de la vulgaridad de la ruptura. Dice que ha sido su afición a la jardinería y a los perros lo que la ha ayudado a soportarme. Soportar: qué verbo tan poco estimulante».

La Mayo siguió leyendo y no se detuvo hasta que encontró lo que, sin saberlo, estaba buscando. La Roosevelt, que al parecer durante su visita les había confesado estar enamorada de la excéntrica y huidiza Djuna Barnes, pedía a Gertrude y a Alice que la convencieran para que se trasladase a vivir a Washington o, por lo menos, adonde fuera que fuese en Estados Unidos. «Convencer a Djuna de algo es como intentar cambiar de sitio una montaña. La conoces bien, Ele, es una testaruda. Por otra parte, nos parece importante decirte que ya sabíamos lo tuyo con ella, pues Djuna no hace sino alardear en nuestras tertulias de haber conquistado nada menos que a una flamante primera dama. Deberías reflexionar, Ele. Tenemos otras amigas para

presentarte, con la cabeza bien puesta, capaces de amar. No te encapriches con la Barnes, querida, no te corresponde ni por edad ni por intereses. ¿Te das cuenta del escándalo que podría montarte si de verdad regresara a Estados Unidos como tú deseas?».

Andrea Mayo volvió a la carta de Eleanor. No aparecía el nombre de Djuna: lo daba por sabido. Y había tenido miedo de escribirlo.

A las 16:40 la Mayo estaba sentada en el Air Train camino del metro. No veía la hora de llegar a su apartamento de la calle Putnam, darse una ducha y llamar por teléfono a su editor, Ernest Folch, y contarle lo que había encontrado. Su editor se entusiasmaría, sí, justo después de decirle «qué pena que no se trate de Dorothy Parker» y justo antes de decirle, «pero no vas a poder hacer nada con eso; sólo ficción; es imposible demostrar tus pruebas porque no vas a confesar que has robado en la Casa Blanca; vuelve y lo hablamos; de ahí puede salir un buen libro».

¿Sería aquel amor la razón del incomprensible y definitivo regreso de Barnes a su país? Una conexión inmediata se operó en la memoria de la Mayo: El cuento «La pasión», incluido en *El vertedero*, se publicó el año de la muerte de Eleanor Roosevelt. ¿Era la princesa Frederica Rolinghausen un trasunto de Eleanor y el oficial polaco Kurt Anders un álter ego de la Barnes?¿Sería acaso aquel relato el réquiem secreto escrito por Djuna Barnes para la única mujer a la que de verdad amó?

La Mayo había hablado con Ernest Folch por Skype y le había pedido que por favor le enviase escaneada la última página de ese texto de Djuna Barnes. A las 18:05 le llegó el correo con el PDF y un comentario del editor: «¿Qué se te ha ocurrido esta vez? Cuéntame, no me tengas en ascuas». Leyó: «Caminar directamente hacia el horror, dijo, eso es el amor. Se detuvo justo frente a ella mientras hablaba, se inclinó para ver cómo reaccionaba y ella, tirándose hacia atrás y mirándolo de arriba abajo, dijo: El último acompañante de una vieja es siempre un "incurable". Dejó la taza de té con un ligero temblor de la mano; después añadió con acritud mordaz: Pero si un hombre pequeño y ligero con barba me hubiese dicho "Os quiero", yo habría creído en Dios. Él la visitó sólo una vez más, y sólo una vez se vio a la princesa paseando en carruaje por el Bois, una niebla tras un velo tirante. Poco tiempo después, ya no vivía».

La Mayo bajó la tapa del portátil, se sirvió una taza de té y decidió pedir de nuevo hora para visitar la Casa Blanca. Devolvería esos papeles al lugar en que los encontró, abrigados entre el libro de la Stein y el de la Barnes. Donde debían estar.

TERCERA PARTE

Por último, unos cuantos arrepentimientos, situados en capas inferiores, sólo pueden ser vistos mediante métodos modernos de inspección visual tales como los rayos X y la reflectografía infrarroja

MADRE O HIJA

Nunca voy a ser lo que tú quieres, porque tú quieres que yo sea lo que tú no has sido, y lo que tú no has sido sólo podías serlo tú, pero en realidad no, y por eso me tuviste, para tener una segunda oportunidad, es alucinante que encima quieras decirme lo contrario, querías tener conmigo la relación que no tuviste con tu madre, pero esa relación debería haber sido la tuya, y te pones a practicar conmigo, remedo de tus fantasías en colores, es alucinante.

No tienes ni idea de lo que supone ser madre. Que no quieras tener hijos habla de tu profundo egoísmo. Quieres vivir sólo para ti misma, para nadie más.

No me vengas con esas. ¿Crees de verdad que has vivido para mí? ¿Crees de verdad que alguien vive para alguien? Que tú me hayas necesitado para darle sentido a tu vida, y que a pesar de haberme tenido no hayas conseguido dárselo, porque crees que tu vida no lo tiene, no significa que yo tenga que parir.

Pero es que te pierdes una de las experiencias más fascinantes del mundo: dar vida.

No seas absurda: vacas, gatas, cerdas, todas saben hacerlo. Está en la naturaleza cotidiana del mundo. Nacer y morir.

Pero ellas, las hembras irracionales, no son conscientes.

¿Y eso cambia algo? ¿La consciencia cambia la experiencia? ¿Una mujer ciega pare menos porque no ve nacer al bebé? ¿Una mujer sorda pare menos porque no lo oye llorar?

No me confundas.

No te confundo: estás confundida. Quieres joderme porque tú te has jodido. Te has jodido, reconócelo. Reconoce al menos que si volvieras a vivir no me parirías. Ni a mí ni a nadie. Confiésalo y libérate de ese peso de tener que defender un día tras otro la prisión en que te has metido. Deja de fingir.

Eres una amargada, hija. Te dulcificarías si tuvieras hijos.

¿Como tú? ¿Crees que pienso que eres dulce? Y además, si tanto te ha gustado la experiencia, ¿por qué no has tenido más? ¿Sabes lo terrible que es ser hija única? Ni te lo imaginas.

Todos los hijos son únicos, hija.

No me hagas reír. Y deja de machacarme. Por mucho que insistas, no voy a tenerlo. Que el sexo tenga relación con la reproducción es algo antiguo, de cuando hacía falta que la especie se expandiera y la mortalidad infantil era muy alta. Esto es un atraso, ¿no lo ves?

No hay manera, es imposible que entiendas lo que supone que la carne de tu carne y la sangre de tu sangre…

Para, no sigas, primero porque me da asco que hables así, y segundo porque esa es la más clarificadora de las declaraciones que has hecho hoy, ¿acaso crees que si no sintieras que soy algo tuyo estarías hablando en estos términos? Es tu propiedad lo que te emociona. Lo tuyo. Porque si ser madre fuera cierto, lo serías de todo y de todos. No permitirías ni fomentarías lo que ocurre en el mundo.

Ay, hija, siempre has sido tan radical. Eres recalcitrante.

¿Pedimos las que no queremos parir a las que quieren parir que no lo hagan? No. ¿Por qué las que han parido insisten en que lo hagamos las que hemos superado el mandato patriarcal sin claudicar? ¿Te lo has preguntado? Es lo mismo que ocurre con los drogadictos: jodidos ellos, quieren que se joda todo el mundo. Y dicen lo mismo, no sabes lo que te pierdes si no lo pruebas. Y luego zas, para siempre. ¿Crees que soy idiota? ¿Quién te convenció a ti? ¿Quién? ¿Crees de verdad que a los veinte años tenías la menor idea de lo que querías para el resto de tu vida? No me fastidies.

Pero tú ya no eres una jovencita.

Por eso puedo decidir de verdad. Por eso puedo y quiero decir no.

Una mujer que no pare es una mujer incompleta.

Me voy.

No, por favor, no quería decir eso.

Lo has dicho.

No era lo que quería decir.

Era lo que querías decir, porque eso es justo lo que piensas y lo piensas para consolarte y conformarte con tu vida, la vida que has vivido de prestado, con las convicciones y los principios y las ilusiones de otros. Has cometido las equivocaciones de los demás. Yo cometo las mías.

Te vas a arrepentir, hija.

¿Por qué no dejas de proyectar y reconoces al fin que la que se arrepiente eres tú? Justo en ese instante comenzaría tu libertad. Y la mía, ya que estamos. La verdad libera. Acerca. Equilibra. Dejarías de pagar la hipoteca que contrataste cuando te la vendió la gente que hace negocio con todo esto. No inviertas más en esta propiedad. Estás invirtiendo no para ganar sino para no haber perdido, como un jugador de bingo, ¿no te das cuenta?

Pero yo siempre seré tu madre.

¿No puedes acceder a ninguna otra identidad? ¿Eso es lo que te identifica? ¡Ese es el yugo! Me pariste. Punto. Para siempre me habrás parido, pero eso no eres tú. Ya no. Fue tu trabajo mientras me alimentaste y no dejaste que muriera. Mientras me procuraste las herramientas para caminar por mí misma. Oh, por favor, no te pongas a llorar ahora.

No sabes lo duro que resulta para una madre…

Es como si vivieras en un mundo paralelo, de verdad. Inaccesible para mí el tuyo, inaccesible para ti el mío. Imposible tender un puente mientras exista la jerarquía y la convicción de que eres mejor que yo y de que tu experiencia mamífera supera a cualquiera de las que pueda yo tener. Te crees mejor, más generosa, más abnegada, más humana, más más más.

Y tú te crees más libre.

Yo no me creo más libre. La diferencia entre tú y yo es que yo no defiendo mis cagadas. No las elevo al nivel de acierto y sentido de la vida. No las adorno.

¿Crees que te adorno, hija?

¿A mí? En absoluto. Tú te adornas. Tú. Y me martirizas con tus mentiras y quieres que las comparta y que las dé por ciertas. Tú te adornas. Quieres fingir que lo que ha ocurrido en tu vida tenía que ocurrir. Me has llegado a decir que das por bueno todo lo malo que te ha ocurrido sólo por que yo naciera. ¿De verdad no habrías preferido darte cuenta antes de las cosas?

Pero yo te quiero.

No estamos hablando de querer o no. Yo también te quiero. Mucho. Pero no estamos hablando de querer o no. De lo que estamos hablando es de cambiar el mundo. Y el mundo sólo se puede cambiar si se dice la verdad. ¿Sabes qué es un pentimento?

¿Arrepentimiento?

Es un término del mundo del arte y se refiere a una alteración de la obra que revela el cambio de idea del artista sobre aquello que estaba pintando. Por cierto, las copias no tienen arrepentimientos; sólo los originales.

Menudo consuelo. Pero no veo la relación.

Pues justamente, que las obras que recibimos no son las verdaderas, son fruto de la manipulación, de tapar una mano torcida, una perspectiva mal encarada. Pero en la vida el único modo que tenemos de transmitir conocimientos es el de obrar justo a la inversa, sin tapar nada, llamando error al error.

¿Un hijo es un error?

Parir por defecto es un error. Parir porque has follado es un error. Parir porque toca, porque te presionan, porque es el supuesto cometido de la mujer, porque una mujer que no es madre es cero, porque hay que fabricar un heredero, eso es un error.

Parir como las vacas, eso es un error; tener hijos de hombres que no nos gustan, eso es un error. Parir para dar sentido a la vida, eso es un error. Parir para atrapar una fortuna, eso es un error. Parir para no estar sola o para que te cuiden de mayor, eso es un error. Parir para inmortalizarte, eso es un error. Parir por el simple hecho de haberte quedado embarazada, eso es un error. Dime, ¿no estás en esa lista? Parir para tener una segunda oportunidad, eso es un error. El error no es el hijo sino haberlo parido por cualquiera de esas causas.

¿Me sirves un whisky?

Son las diez de la mañana.

No importa, tengo que brindar.

¿Por?

Por haber cometido el error de parir a una hija como tú, que no va a parir por ninguna de esas causas. Tus palabras me devuelven a la casilla de salida. Tienes razón. Y te acompañaré.

¿Lloras otra vez?

Me he acordado de cuando mi madre no quiso acompañarme y me convenció.

EL TRASTERO*

* Hemos discutido mucho con Flavia Company sobre la autoría de este relato. Ella dice que es suyo, y que por eso me utiliza como personaje una vez más. Yo contesto que es mío. Y autobiográfico. *(N. de la A.)*

cuando Rubén conoció a Claudia;

¿conoció?;

bueno, quizás habría que decir topó con, se encontró con, tropezó con, pero se entiende lo que se quiere decir cuando se dice que alguien conoció a alguien;

puede que se entienda, pero sería más apropiado utilizar otras palabras, ya que nos hemos puesto a contar, contemos la verdad;

la verdad no puede contarse, Fina, la verdad es algo que, si se cuenta, se inventa, lo único que puede hacer la verdad es ser;

vaya, ya aparece esa capacidad tuya de darle la vuelta o de darle vueltas a las cosas; nos vamos del tema, Andrea, nos vamos del tema, focaliza;

vale, entonces, si me lo permites, sigo, cuando Rubén se topó con Claudia en aquel bar de mala muerte al que solían ir a desayunar todas las mañanas en los veinte minutos que les concedían para ello sus respectivas empresas;

¿concedían?;

en los veinte minutos a los que tenían derecho por contrato, coincidieron palabra por palabra al decir, un café con leche y una madalena, texto nada extraño en ese contexto, es verdad, pero no por ello menos bárbaramente casual y significativo para quienes quisieron leer en él una señal del destino, un destello de magia, la chispa de un comienzo prometedor, señal, destello y chispa que por lo general todos los seres humanos desearían sentir para por fin tener una razón de peso a partir de la cual cambiar de vida y construir un nuevo sino lleno de dicha y carente de los espantosos errores a los que los lleva esa otra vida, es decir, la propia, que no es según ellos mismos la que merecen, así que bueno, leyeron en lo dicho señal, destello y chispa, se miraron a los ojos y se sonrieron, se preguntaron el nombre, Rubén le dijo que se llamaba Rubén, Claudia le dijo que se llamaba Claudia, y no me digas que estoy contando una obviedad porque muy bien habrían podido mentirse al respecto como de hecho se mintieron después alrededor de otros muchos asuntos, sin duda más importantes que el nombre, una palabra impuesta por la familia de la que podemos querer librarnos, y me refiero tanto al nombre como a la familia, así que Rubén le sugirió que se sentaran juntos y, ante el asentimiento de ella, le pidió que fuera a ocupar la mesa junto al ventanal, que en ese instante había quedado libre, y él se encargaría de llevar hasta allí los dos cafés con leches, dijo con leches, sí, Claudia pensó que se había equivocado pero más tarde descubrió que siempre lo decía mal, incluso en singular, café con leches, así que Rubén dijo que se encargaría de llevar los dos cafés con leches y las dos madalenas a la mesa, como más tarde dijo que se

encargaría de aportar a la relación ciertas cosas que no llegaron nunca;

¿no estás adelantando acontecimientos, Andrea?, ya has dicho que van a tener una relación y que Rubén dijo cosas que no cumplió;

a ver, Fina, no habría relato si no hubiesen tenido una relación, y en cualquier historia que se precie sus integrantes prometen cosas que no llevan a cabo, ya sea por falta de verdad ya sea por falta de interés o de oportunidad;

bueno, no sé, me parecería mejor que cada cosa llegara a su tiempo, porque ahora en cierta manera nos pones a favor de Claudia y no irás a negarme que Claudia tuvo tanto que ver como Rubén en lo que vamos a contar, dile a esta gente que ella también prometió cosas que no llevó a cabo, y si no acuérdate;

no, nada de acordarnos, ahora de lo que se trata es de narrar la triste historia de Claudia y de Rubén, Fina, y si luego nos queda tiempo, rememoramos lo que tú quieras y además añadimos la información acerca de cómo los conocimos, que no es importante pero aclara el hecho de que lo hayamos vivido todo de tan cerca como para ser capaces de contarlo;

mejor nos habría ido estar lejos, la infelicidad es como el dominó, empieza por una ficha, que se cae, y arrastra a todas las demás;

esa comparación de la gente con el dominó no sólo es un tópico, Fina, sino que además es una incongruencia, ¿no te das cuenta de que no somos fichas de un juego sino partes de un rompecabezas?;

te has lucido, Andrea, si piensas que la comparación con un rompecabezas es más justa o más original; será mejor que sigas con Claudia y Rubén;

Claudia y Rubén se miraron mientras mojaban la madalena en el café con leche y comprendieron que estaban hechos el uno para el otro, sin asomo de duda;

empezamos mal;

eso lo dices porque sabes cómo sigue;

no, no, lo digo porque nada tiene buen comienzo si no hay cuestionamiento, nuestra percepción de la realidad es siempre imperfecta e interesada, viene filtrada por nuestras necesidades y nuestros hábitos, no puede ser aprehendida con justicia si no se la mira con distancia;

eres cobarde, Fina, jamás te lanzas a nada sin haberlo analizado antes como si se tratara de una fórmula, y la vida es una apuesta continua, un experimento, no una inversión, y si es una inversión se pierde siempre;

porque tú llamas pérdida a la muerte;

yo llamo pérdida a la vejez;

tú llamas pérdida a la muerte;

no me digas a qué llamo yo qué, si te digo que llamo pérdida a la vejez es que llamo pérdida a la vejez;

no soportas que te contradigan;

no soporto que me digan lo que pienso, no aguanto que me corrijan los pensamientos;

yo no te he corregido los pensamientos;

sí, sí lo has hecho, lo estás haciendo sin parar, por eso hemos llegado hasta aquí, y no me hagas hablar;

o sea que es culpa mía;

no hablemos de nosotras, vamos a relatar la historia de Claudia y de Rubén;

claro, hablar de otros es más fácil, pero lo cierto es que te has puesto a hablar de ellos para hablar de nosotras, estoy harta de que me digas las cosas de este modo indirecto, ¿crees que soy idiota?;

a ver, Fina, si creyera que eres idiota no estaría contigo;

así que Claudia le dijo a Rubén que se vieran al día siguiente, y al día siguiente se vieron y desayunaron y al otro también, y después quedaron para comer y después quedaron para cenar y tras acostarse juntos cinco o seis veces, debería saber si fueron cinco o seis pero no estoy segura o Claudia nunca lo concretó y, si lo hizo, lo olvidé, porque no me parecía primordial, la cuestión es que tras acostarse juntos cinco o seis veces, estaban comprometidos;

sin conocerse;

conocían lo que se habían mostrado;

no es suficiente;

no es todo;

no es suficiente;

hablando de suficiente, ¿puedes servirme otra taza de té?

¿cuándo se dieron cuenta de que algo no cuadraba?;

yo no lo diría así, pero la verdad es que, si bien fingieron no percatarse porque habría resultado molesto e inadecuado, todo empezó a tomar un cariz distinto en cuanto pasaron algunos días el uno en casa del otro;

no es así, deberías decirle a esta gente que no fue por pasar días el uno en casa del otro, no, sino más bien porque al pasar días el uno en casa del otro se dieron cuenta de que una de las habitaciones, en ambos casos, permanecía siempre cerrada;

a eso iba, sí, claro, ese es el tema de nuestra historia, las habitaciones cerradas;

Rubén entró en la casa de Claudia como quien se cuela en la madriguera del último ejemplar de una especie en extinción. O, también, como a quien se le abren las puertas de un grupo selecto y secreto de privilegiados. Quién no tendría esa sensación al ser invitado a casa de una mujer con la que desea tener una relación y que le ha hecho saber de distintas maneras lo difícil que es conseguirlo y las pocas veces que eso ha ocurrido por no decir ninguna, pues a los anteriores amantes, intrascendentes y efímeros, no les había dado una auténtica oportunidad ya que los había aceptado más para que las amigas y los familiares dejaran de insistirle sobre su rareza que porque a ella le gustasen o interesaran los especímenes en cuestión, que ni le gustaban ni le interesaban lo más mínimo.

Rubén tomó la precaución de descalzarse en el recibidor; se percató enseguida de que la casa estaba impoluta y, sobre todo, de que había justo a la derecha de la puerta un zapatero en el que Claudia depositó sus sofisticadas sandalias nada más pisar el suelo de tarima, color roble, que crujía, según pronto comprobó, por muy despacio que se caminara.

La vivienda olía a incienso. Parecía silenciosa. Lo llevó al salón, primero. Luego fueron a preparar algo para picar a la cocina. Le mostró dónde estaba el lavabo. Cenaron, escucharon música, charlaron, lo habitual. Lo condujo por fin al dormitorio. Pasaron por delante de una puerta cerrada. Rubén no preguntó. Como buen psicólogo clínico, sabía ser discreto cuando convenía. Quizás tenía allí Claudia su estudio abarrotado de libros y un escritorio desordenado y repleto que contrastaba con la pulcritud del hogar que le había mostrado hasta el momento, y no deseaba ella quebrar aquella buena imagen, no todavía, es verdad que todo el mundo procura enseñar en los primeros encuentros la parte de la que mejor opinión tiene, si bien es verdad también que en este caso a Rubén lo habría relajado conocer el caos que había imaginado tras aquella puerta.

Claudia llegó tarde a la casa de Rubén. Un problema grave con dos alumnos que no habían entregado su trabajo a tiempo. ¿Cómo pretendían cursar estudios universitarios quienes ni siquiera conocían la importancia de la puntualidad? Rubén la recibió con alegría y con la mesa puesta. Había preparado su especialidad: pasta al pesto.

También le mostró la casa, que había ordenado con ahínco y sin tregua durante los últimos cuatro días y que, en su modesta opinión, había quedado más que decente. A Claudia le gustó la cocina, de azulejos rojos y blancos; le pareció divertida. También le gustó el baño, le hizo gracia que tuviera cuadros blancos y negros y que los negros estuvieran decorados con piezas blancas de ajedrez y los blancos con piezas negras. Cuando fue a lavarse los dientes después de cenar se dio cuenta de que sólo había reyes, reinas, y peones. Ni caballos ni alfiles ni torres. ¿Lo habría decidido Rubén o saldrían así de fábrica? Un psicólogo bien podía considerar que era mejor ver sólo según qué figuras.

Se sentaron a última hora de la velada a tomar una copa en el sofá del salón, de asientos mullidos, muy cómodo, en el que sus cuerpos se hundieron y se fundieron poco después con intachable sincronización.

Cuando se retiraron a dormir, Claudia se dio cuenta de que pasaban por delante de una puerta cerrada situada justo en el centro del pasillo. Si no quieres que te pregunten, no preguntes, pensó, y recordó las palabras de Aldous Huxley, los silencios no prestan testimonio contra sí mismos.

Unos meses más tarde, tanto Claudia como Rubén habían adelgazado, como si los hubiesen sometido a una dieta estricta; nada más lejano de la realidad: la relación los había llevado a cometer algunos excesos que por norma general no habían figurado en la lista de sus hábitos anteriores, copas, cenas, copas, comidas, copas, cines, copas, charlas, copas, paseos, copas. Parecían exhaustos, además. Pasaban tanto tiempo en la calle. Disponían de dos viviendas y, sin embargo, solían dormir en hoteles, desplazarse a lugares lejanos durante el fin de semana, cerrar bares a altas horas de la madrugada, despedirse a veces a esas altas horas con alguna excusa de último momento.

como si tanto el uno como el otro hubiesen sabido que se ocultaban algo, ¿no?;

a ver, Andrea, es obvio que lo intuían, pero yo más bien me inclinaría a pensar que cada uno de ellos estaba preocupado por lo que escondía él mismo;

pues yo creo que temían lo que ocultaba el otro;

La primera señal de alarma la tuvo Rubén el día en que, avanzada la relación de pareja, acompañó a Claudia al supermercado. Aquella mujer delgada, fina, elegante, estilizada, discreta y sana se convirtió, nada más pisar el local, en una compradora compulsiva de toda clase de basura comestible. ¿Se trataba de un encargo, iba a organizar una fiesta para sus peores enemigos, era una apuesta, lo estaba poniendo a prueba para ver hasta qué punto la respetaba, la toleraba? Claudia no dio explicaciones, Rubén no preguntó. Ella actuó como si nada extraño ocurriera, él siguió con cara de póquer. Ella ni siquiera se tensó. Sonreía afable como de costumbre.

Rubén cargó con las bolsas, de peso considerable, y lo hizo porque es un hombre al que place presumir de fuerza y de potencia, y caminaron hasta el piso de Claudia, que anduvo ligera mientras conversaba acerca de la obra de teatro que irían a ver aquel fin de semana, protagonizada por una amiga suya. Quizás ambos intuyeron un símbolo en ese trayecto, pero ninguno de los dos quiso interpretarlo. Dejaron las bolsas en la cocina. Y mientras lo hacían, Rubén escuchó, por primera vez, un ruido que fue incapaz de identificar. Miró a Claudia, que permaneció impasible, pero que le dijo, ¿vas a lavarte las manos? ¿A lavarse las manos? ¿Lo mandaba al aseo? Obedeció. Y mientras estaba cumpliendo con la orden recibida, volvió a escuchar el mismo ruido, más fuerte esta vez, y la voz de Claudia y algo así como un portazo que pretendía no serlo. Salió raudo Rubén del baño y recorrió con premura el pasillo hasta encontrarse frente a Claudia que, a su vez, abandonaba justo en ese instante el picaporte de la puerta siempre cerrada mientras fingía recoger del suelo una pelusa, yo no sé de dónde vienen ya puedes limpiar que aparecen de la nada, dijo sin pausa mientras recuperaba la verticalidad y dibujaba una sonrisa de las que determinan la conducta ajena, de las que se proyectan como un foco y queman cuanto se opone a su paso. Devolvió Rubén la sonrisa y siguió a Claudia de nuevo hasta la cocina en donde acabaron de guardar los alimentos que sí le imaginaba él a ella; no quedaba ni rastro de lo otro, del despropósito, de los alimentos prefabricados, precocinados, preparados, premonitorios, predominantes. Ni rastro. ¿Lo había soñado?

Después, sentados en el sofá, de cara a los ventanales del salón y tras haber mantenido relaciones sexuales, unas relaciones que para Rubén fueron distintas a todas las anteriores porque en esa ocasión se sintió observado, incluso vigilado; después le dijo Rubén a Claudia, como quien no quiere la cosa, todos somos nuestro alimento, a lo que ella respondió, qué duda cabe, y él prosiguió, por eso a veces te preguntas de qué se nutre la gente, qué le apetece comer, muchas veces te sorprenden los hábitos ocultos de las personas, ¿no crees?, hábitos que ni siquiera imaginas ni

sospechas. La mención de la palabra hábitos coincidió con la tirantez de Claudia, podría decirse que la produjo, sólo que la mujer disimuló, mantuvo el tipo, dijo, quien observa lo que ingieren los demás pierde la oportunidad de dirigir la mirada hacia sí mismo para de verdad saber qué come, hay muchos comemierda que sólo ven la mierda que comen los otros. Rubén dio por zanjada la conversación, pero el nivel de violencia había alcanzado cotas inenarrables, sentía que Claudia le estaba ocultando información vital, una información que quizás habría terminado ipso facto con su relación.

una información que los habría salvado de lo que estaba por venir, Andrea, y eso es lo triste de este asunto, que decir la verdad a tiempo les habría ahorrado tanto dolor, tantas frustraciones;

tienes razón, para elegir hay que saber, Fina; ¿podríamos decir que se estafaron?;

será mejor que nos encojamos de hombros y prosigamos con la historia; si fue o no estafa sólo ellos pueden saberlo, ¿estafas a alguien cuando te mientes a ti mismo?;

bueno, el amor debería ser aquel acicate ideal que nos lleva directos a la cruda verdad y a su celebración, ¿no?;

¿existe el amor, Fina?;

¿existe el amor, Andrea?;

Se conocieron en primavera. Debido a ciertas alergias provocadas por el polen y demás partículas en suspensión, Claudia no pudo hacer uso cabal de su sentido del olfato hasta que llegó el verano y se libró de sus molestias otorrinolaringológicas.

Llegaron a casa de Rubén. Era domingo, las ocho de la tarde de un día muy caluroso. Habían pasado fuera el fin de semana. La vivienda había estado cerrada dos días seguidos. Fue abrir la puerta, sólo eso, y Claudia percibió con claridad aquel olor a maceración, espeso y fermentado, mohoso. Sonrió, según era su costumbre cuando algo le desagradaba mucho. Rubén vio su sonrisa y comprendió. Le dijo él a ella, ¿quieres ir a la ducha antes que yo? Claudia se esforzó por no delatar su contrariedad al abrir los ojos más de lo normal y aceptó la propuesta. Media hora más tarde, cuando salió del baño, la perfumada tenía que ser ella, pero no, la perfumada era la casa, Rubén había rociado con algún ambientador a diestro y siniestro. De fondo, sin embargo, se percibía aquel hedor ácido, antiguo, repulsivo.

Mientras cenaban, Claudia comentó lo curioso que resultaba el aroma que desprendían algunos alimentos, que huelen mucho peor de lo que saben, dijo, este plato que has preparado está riquísimo y en cambio, de fondo, no sé, ¿no? A mí me gusta tal cual, respondió Rubén, quizás no estás acostumbrada a sabores exóticos, la gente se acostumbra a lo tradicional y luego se lleva las manos a la cabeza en cuanto lo sacan de lo que conoce. Y ahí Claudia aprovechó y dijo, bueno, eso depende, hay gente que se acostumbra a tufos desagradables que se transforman en imperceptibles debido a los hábitos. Salió la palabra, llegó la tensión, Rubén se limpió la boca con la servilleta, la colocó bien doblada encima de la mesa, suspiró hacia dentro, sin que se notara, y luego dijo con la calma más absoluta, sí, quizás sea como tú dices, claro, pero lo cierto es que las mentes clásicas rechazan por temor lo que no conocen. Claudia experimentó entonces una violencia profunda, se guardó la respuesta, la batalla acababa de empezar, qué me oculta Rubén, se preguntó, pero dijo, los animales se orientan por el olfato, dime a qué hueles y te diré quién eres. A lo que Rubén repuso, está muy claro, dime de qué te alimentas y te diré a qué hueles.

tuvo que ser difícil, Andrea, ¿te imaginas?;

horrible, sí, pero es como si estuviera relacionado, la basura que compraba Claudia con lo mal que olía la casa de Rubén;

vasos comunicantes, eso fue lo que les permitió reinventarse;

bueno, pero antes tuvieron que casarse;

y casarse los llevó a la cima de sus secretos;

no adelantemos acontecimientos;

no, no adelantemos;

Para empezar, todo el mundo se sorprendió de que Claudia quisiera casarse. Para empezar, todo el mundo se sorprendió de que Rubén quisiera casarse. ¿Qué necesidad tenían? ¿Había algo que los impulsaba a tomar una decisión tan drástica? ¿Cómo era posible que apenas unos meses después de conocerse supieran que querían pasar juntos el resto de sus vidas? ¿No habían acaso fracasado en sus anteriores intentos hasta el punto de ser tomados por solitarios impenitentes? ¿No les bastaba con verse? ¿Incluso con ir a vivir al mismo espacio? ¿No comprendían el riesgo en que ponían aquello por lo que siempre habían luchado? De pronto, el entorno era de una generosidad abrumadora: estaban preocupados por todo lo que Rubén y Claudia iban a perder con aquel paso precipitado y por consiguiente irreflexivo. El hecho de que ambos tuvieran más de cuarenta años no parecía razón de peso para respetar su decisión. Era una locura. Había quedado claro que eran dos personas que no iban a casarse jamás y debían respetar esa opinión ajena como si se tratara de una orden. Les hablaban como si constituyera un suicidio. No lo hagas, todavía estás a tiempo, es demasiado radical, ¿no puedes pensar un poco en los demás?, no te fíes de ella, de él, fíate de mí, de nosotros, de nosotras.

hay que decirle a esta gente que estuvimos invitadas a la boda, Andrea;

sí, estuvimos invitadas a la boda, yo del lado de Claudia y Fina del lado de Rubén;

ahí fue donde nos dimos cuenta de la dimensión de nuestros problemas;

sí, Fina, sí, pero ahora nuestros problemas no vienen a cuento;

está bien, está bien, no te contraríes;

bueno, fuimos a la boda;

mejor la contamos, en vez de dar nuestra opinión;

o la pasamos y vamos a lo siguiente; la boda fue lo que fue, lo que importa son las consecuencias;

Entonces se casaron y, como es natural, se fueron a vivir juntos.

Por razones logísticas eligieron la vivienda de Claudia, más amplia.

Rubén tuvo la inquietante sensación de que había testigos desde su primer movimiento: de la llegada a casa y de cómo levantó en brazos a Claudia para cruzar el umbral, de la primera vez que salieron del dormitorio, exhaustos, de las primeras duchas y de las primeras comidas, de las charlas, de las idas y venidas, de las llegadas, de los horarios, de las presencias y las ausencias. De las risas y de las discusiones. De los regalos, de los silencios.

Rubén se preguntaba si no sería todo a causa de aquella puerta cerrada por la que seguía sin preguntar y de la que salían de vez en cuando ruidos incomprensibles. Claudia, además, había tomado la medida o la precaución de cerrarla con llave. Y si alguna vez intuía que Rubén estaba a punto de preguntar lo inevitable, se escabullía.

Claudia estuvo contenta por la presencia de Rubén.

La inquietaba aquel enorme baúl que había llegado tres días después de que se instalaran en su domicilio y que él había decidido mantener cerrado, con candado, en un rincón del cuarto que se había convertido en su despacho. No le había dado explicaciones y desde luego ella no las había pedido.

Perdona, cariño, pero ese baúl tuyo debe de contener algo corruptible, porque desprende un olor desagradable, le dijo Claudia a Rubén una noche, tres meses después de la boda, a la llegada del cónyuge a la casa.

Rubén se dirigió entonces al despacho, comprobó que el candado seguía intacto y desde allí mismo dijo en voz bien alta, pues debe de ser otra cosa, porque aquí todo está en orden, quizás es algo de lo que guardas en el cuarto cerrado, que últimamente hace más ruido que nunca.

Y se hizo un largo silencio, un silencio como de lana mojada, de colillas mal apagadas, de la suciedad de sartenes usadas días atrás, un silencio pegajoso y molesto que ambos dejaron pasar como si no hubiese ocurrido. Y callaron.

Tengo la reunión con los del Departamento, volveré tarde. Claudia lo soltó en el último momento, apenas una hora antes de marcharse. Rubén, que leía el periódico repantigado en el sofá, levantó la vista por encima de las gafas para la presbicia, sonrió con los ojos, dijo de acuerdo, te esperaré despierto, y regresó a su diario. Ella taconeó hacia la salida, se quedó un momento allí y, por fin, abrió la puerta, llamó al ascensor, se fue. Rubén se asomó a la ventana para comprobar que subía al taxi y que este desaparecía al final de la calle.

Hasta ese momento, Rubén había pasado poco tiempo solo en casa. No sabía si atribuirlo a la casualidad o a una preocupación comprensible por parte de Claudia. ¿Qué iba a hacer él cuando se quedara allí a sus anchas?

Caminó despacio hasta la puerta cerrada. Bajó la cabeza al nivel de la cerradura, aplicó el ojo al agujero, enfocó, nada, estaba tapado. Apoyó la oreja y percibió con claridad que lo que fuera que hubiese dentro lo estaba también espiando, escuchando, con la oreja o lo que fuere que tuviese pegada al otro lado de la misma puerta, quizás a igual altura. Rubén se llevó la mano al corazón como para apaciguarlo. Notaba los latidos en la garganta. Oyó ruidos. Ruidos parecidos a pasos sobre el fango, a estertores, a vísceras tiradas con fuerza sobre mostradores de aluminio, a sopapas intentando desatascar un desagüe. O eran imaginaciones suyas. Porque ruido había, sin duda, pero tal vez era de un antiguo reloj, de armarios con carcoma. Entonces, ¿por qué no estaba abierta la puerta? Alguna vez que habían pasado por delante de ella, tiempo atrás, Claudia había dicho, uf, el trastero, algún día tendré que meter mano, no sabes lo que es. Y así había zanjado el asunto. Y Rubén se daba cuenta de que no tenía sentido pedirle a Claudia que le mostrara su trastero, pero a la vez se daba también cuenta de que hasta que no lo viera, hasta que no supiera de qué se trataba, no conocería a la mujer con la que se había casado. ¿Qué guardaba, qué desorden había en su vida, de qué no podía desprenderse, qué cosas tenía fuera de lugar?

Claudia pasaba todas las tardes sola en casa. Había triplicado el número de barras de incienso que quemaba al día. El olor del baúl de Rubén le resultaba insufrible. Ni siquiera se acercaba a su despacho.

El baúl tenía unas dimensiones desproporcionadas para el espacio en que se encontraba. Dos metros de alto por un metro de ancho y uno y medio de profundo. Un hexaedro que ocupaba casi medio cuarto. Un día, medio en broma medio en serio, Rubén le había dicho, cada cual tiene su trastero, yo lo llevo a cuestas, tipo caracol. ¿Tipo caracol? Claudia había hecho caso omiso del comentario, pero se había quedado con la imagen: Rubén con caparazón en forma de baúl.

Trasladarlo había sido caro y costoso. Tres hombres fuertes habían tenido que auparlo escaleras arriba bajo las órdenes de un Rubén afectado, ojo por aquí, cuidado por allá, esa esquina esa esquina, con más delicadeza, ¿podéis hacer el favor de mirar por dónde vais?

A Claudia no le había gustado verlo tan pendiente de aquel mamotreto. ¿Qué representaba ese objeto deteriorado en la vida de su marido? ¿Por qué no podía simplemente deshacerse de él, una vez extraídas las cosas que le hicieran falta, si es que las había? ¿Qué arrastraba en aquellos tres metros cúbicos? Claudia sentía profundas contradicciones, representadas por la batalla que se libraba entre su cabeza, su corazón y su estómago. La primera decía, el amor es confianza, aconsejaba el segundo, quizás es algo que él mismo necesita resolver, denunciaba el tercero, no cuadra, hay algo que no cuadra.

Conclusión: Claudia vivía en perpetua ansiedad, atenta al hedor que emanaba del susodicho receptáculo, si bien es verdad que sólo ella lo percibía. En distintas ocasiones había preguntado a la señora de la limpieza, ¿no le parece que desprende un olor extraño? Pero la señora había contestado, pues no, la verdad es que no, pero quizás sea el cuero, a veces el cuero huele, al fin y al cabo, como la madera, está siempre vivo.

Me ha dicho Fernanda que quizás sea el cuero, lo que huele mal, ¿qué te parece si lo cambiamos por otro nuevo? Vuelta a la carga. Pero Rubén estaba atento, como si hubiese esperado el ataque, cuando dejes que Fernanda entre a limpiar al cuarto cerrado lo hablamos, habrá que airearlo, ¿no?

El baúl está a la vista, la gente se sorprende al verlo, y te ocupa demasiado sitio, ¿no lo ves?

Si es por sitios ocupados, lo tuyo se carga una habitación entera.

¿Estás insinuando algo, Rubén?

No insinúo, digo lo que digo.

Quizás nos precipitamos.

¿Te arrepientes? ¿Preferirías no haberte casado conmigo? ¿Me vas a decir que te arrepientes de haberte casado conmigo sólo porque te comento que el cuarto cerrado es un poco molesto?

No es por eso.

¿Ah, no? ¿Y entonces por qué es?

Por el baúl.

¡Ah, o sea que la señora del cuarto cerrado productor de decibelios incomprensibles pretende que su marido no tenga ni siquiera un baúl!

Un baúl maloliente.

¿Sabes qué? Me voy.

Tienes la puerta abierta.

Es el colmo.

Es el colmo.

¿fue esa la primera vez que se separaron?;

sí, pero duró muy poco;

¿qué es muy poco?;

depende, Fina, muy poco es lo que la gente aguanta sin demasiado esfuerzo;

¿y en este caso?;

un par de días, y además los dos se fueron de casa, que se quedó allí ocupada por el cuarto cerrado y el baúl de tres metros cúbicos, ruido y hedor a sus anchas;

me pregunto qué echarían más de menos, si Claudia a Rubén y Rubén a Claudia, o Claudia su cuarto y Rubén su baúl;

muy buena tu observación, creo que señala el meollo del asunto;

porque vamos a ver, Andrea, tú que conoces bien a Rubén, ¿no podía tirar el baúl y asunto concluido?;

a ver, Fina, ¿no te das cuenta de que eso lo habría descompensado todo?;

eso es porque tú crees en la guerra, Andrea, pero establecer la paz depende de deponer las armas;

eres una ingenua, no dejas de sorprenderme;

¿has visto algún enfrentamiento que termine porque alguien tiene las armas más letales?;

¿y tú has visto algún enfrentamiento que termine porque alguien depone las armas?;

sí, el nuestro;

touché;

Mientras permaneció separado de Claudia, Rubén dio vueltas sin tregua al mismo tema: el hedor del baúl también a él le resultaba intolerable. Pero intentó de nuevo identificarlo con la naturaleza, de nuevo procuró disfrazarlo, adornarlo, disimularlo ante sí mismo.

Mientras permaneció separada de Rubén, Claudia dio vueltas sin tregua al mismo tema: el ruido del cuarto cerrado también a ella le resultaba insoportable. Pero intentó de nuevo identificarlo con la música, de nuevo procuró disfrazarlo, adornarlo, disimularlo ante sí misma.

Si imaginamos un sube y baja, columpio con dos extremos, cargamos en uno de ellos el baúl y en el otro el cuarto cerrado. Se inicia el vaivén, llamémoslo juego. Arriba y abajo, arriba y abajo, pesos compensados; tal es la fuerza en un lado, tal es en el otro. ¿A dónde iría a parar el ocupante de uno de los extremos si el del otro desapareciera?

Entonces, para que el movimiento fuese soportable, se produjo el todavía no suficientemente estudiado fenómeno de la permuta, de manera que yo odio lo que en realidad odias tú y tú odias lo que en realidad odio yo, razón por la cual Rubén pasó a odiar el cuarto del estruendo y Claudia pasó a odiar el baúl de la peste cuando en verdad y desde tiempos remotos, Rubén odiaba el peso de su baúl y Claudia la asfixia de su cuarto.

claro, y a ese odio sí se le puede dar desmesura y alimento, porque no produce culpa, claro, claro, lo entiendo;

eso es, Fina, odiar lo del otro es mucho más fácil e incluso plausible que odiar lo propio;

pero de difícil solución, presumo;

conjeturas muy bien, tan difícil que es casi imposible, porque supone dar una vuelta de ciento ochenta grados en sentido contrario a las agujas del reloj;

¿o sea?;

o sea en sentido contrario a la programación que todos sufrimos al nacer, es decir, requiere la destrucción de los parámetros según los cuales nos sostenemos, avanzamos e incluso poseemos una identidad;

¿les vas a contar lo que había en el cuarto y en el baúl?;

por supuesto, de otro modo habría trampa en la narración de la historia, pero todavía no ha llegado el momento, el proceso tiene algunos puntos más que deben conocerse;

no puedes negar que eres una estructuralista, Andrea;

no pretendo negarlo, ni se me ocurriría;

Claudia habló con su mejor amiga los dos días que pasó separada de Rubén. Le dijo que estaba enamorada, que jamás había amado así, que estaba segura de que era el amor de su vida, que jamás había encontrado a nadie con quien se entendiera tan bien.

Y la amiga, como es lógico, le preguntó que, entonces, cuál era el problema.

Y Claudia, ni corta ni perezosa, dijo: que no soporta mi cuarto cerrado.

No habló del baúl de Rubén, habló de su cuarto cerrado. Es importante tenerlo en cuenta.

Rubén habló con su mejor amigo los dos días que pasó separado de Claudia. Le dijo que estaba enamorado, que jamás había amado así, que estaba seguro de que era el amor de su vida, que jamás había encontrado a nadie con quien se entendiera tan bien.

Y el amigo, como es lógico, le preguntó que, entonces, cuál era el problema.

Y Rubén, ni corto ni perezoso, dijo: que no soporta mi baúl.

No habló del cuarto cerrado de Claudia, habló de su baúl. Es importante tenerlo en cuenta.

oye, Andrea, quizás deberíamos describir aunque sea un poco el lugar al que fueron a parar esos dos días de separación, para que puedan imaginárselos, incluso contar cómo son Claudia y Rubén, ¿no?;

Rubén es alto, corpulento, la mayoría de la gente lo encuentra más atractivo que guapo, tiene fama de seductor, usa con gracia el don de la palabra, ya peina muchas canas y tiene un físico trabajado en gimnasio de barrio;

yo añadiría que tiene una sonrisa muy cautivadora;

y Claudia parece una bailarina, es grácil, ligera, delgada, menuda, guapa, y en eso todo el mundo está de acuerdo, algo más joven que Rubén, de cabellos largos y rizados, de indumentaria exótica, siempre muy colorida, de pestañas y piernas inacabables;

yo añadiría que también tiene una sonrisa muy cautivadora;

Claudia se fue a la casa de una amiga soltera, en el campo, aislada del mundo, una casa repleta de perros y gatos en medio del bosque y cerca de un río, un lugar que llamaríamos paradisíaco de no ser por las moscas;

y Rubén se instaló en el apartamento urbano de su mejor amigo, propietario de un bar de copas de noche, bar en el que pasaron la mayor parte de aquellos dos días bebiendo tequila y recordando viejos tiempos, afirmando, como siempre hacían, que cualquier tiempo pasado había sido peor;

¿crees que es suficiente con esto?;

bueno, si fuera a mí a quien le contaran la historia, me daría por satisfecha;

allí hay alguien que ha levantado la mano, la gente empieza a animarse, qué gusto;

¿que describamos mejor el baúl?, ay qué graciosa, mira con qué nos sale, pues claro, mujer, sí que lo hemos visto, muchas veces, íbamos a casa de Rubén y de Claudia casi todas las semanas, y allí estaba, altísimo, mucho más que nosotras;

eso no es difícil;

mucho más que nosotras, forrado de cuero negro, compacto, le di unos golpes con los nudillos en una ocasión y era muy duro, como de hierro más que como de madera, estaba cruzado por varillas metálicas plateadas, horizontales, y tenía la cerradura con candado en uno de los lados, a media altura, así que sin duda la apertura era en dirección horizontal, no vertical, un objeto muy singular, sí;

sí, sí, pero el cuarto cerrado ya es otro tema, tiene que llegar más adelante, al menos por lo que se refiere al interior, la puerta desde fuera era como el resto de las puertas del piso, de madera maciza, oscura, con picaporte negro, pesada, aislante;

La reconciliación fue tácita. Una tregua que se parecía más a aguantar la respiración debajo del agua que a salir por fin a la superficie y recibir la luz de sol y el regalo de la brisa.

¿Cuánto tiempo puede alguien contener el aliento?

¿En qué consiste la asfixia si no en convivir con lo insoportable?

¿Qué es lo insoportable?

Si me quiere, tiene que quererme toda. Vamos a ver, ¿qué es el amor? ¿Me quedo con esto pero lo otro me lo quitas? ¿Como si se tratara de un plato de verdura en el que apartas los guisantes? ¿Un cuadro del que quitas un color? ¿Una novela en la que te saltas páginas?

O me quieres o no me quieres, margarita.

Entonces, ¿qué significa para Rubén mi cuarto cerrado? ¿Por qué no puede entender que tengo que defenderlo de él y del mundo? Es imposible que lo acepte, y lo sé. En su lugar, tampoco yo me lo tragaría. Un cuarto cerrado es un lugar sin aire. Y para colmo sé que el ruido es insostenible. No se puede dormir. No nos escuchamos cuando hablamos. Y yo disimulo y él disimula. Y procuramos pasar en casa el menor tiempo posible.

No puedo prescindir de mi cuarto cerrado. Se lo he dicho, mi cuarto cerrado y yo somos un pack. Se lo he dicho, no puedo partirme por la mitad. Se lo he dicho, si no puedes con esto mío, vete. Se lo he dicho. Le he dicho, esto es lo mío. Lo mío, ¿entiendes? Y me doy cuenta de que ha sido una forma de decirle, tú no eres lo mío. Ha sido una forma de decirle, lo mío es aquello, lo único que es para siempre es aquello, tú vas o vienes, estás o no estás, pero mi cuarto cerrado no va a faltarme nunca y jamás yo voy a faltarle a él.

El cuarto cerrado es lo que da sentido a mi existencia. No es sólo mío, pero como si lo fuera. Lo quiero sólo para mí. Es mío.

¿Qué quiere que haga con mi baúl? Dice que apesta; y tiene razón. Y lógica. ¿Cómo no va a oler mal? Pero es mi baúl, el que he arrastrado hasta aquí. ¿Tiene ella idea de lo que me ha costado cargar con él? ¿Y cree que ahora, sólo porque huele mal, voy a tirarlo como si fuera basura? Mi baúl es lo que ha dado sentido a mi vida, ¿cómo pretende que viva sin él?

Se lo he dicho, el baúl va conmigo. Se lo he dicho, si no puedes con esto, se acabó. Le he dicho, esto es lo mío. Lo mío, ¿me entiendes? Y me doy cuenta de que ha sido un modo de decirle, tú no eres lo mío. Ha sido una manera de decirle, lo mío es lo otro, lo único que es para siempre es lo otro, tú vas o vienes, estás o no estás, pero mi baúl no me faltará jamás ni yo le faltaré nunca a él.

Pero, a diferencia de su cuarto cerrado, a mí no me importa el baúl. Yo el baúl no me lo creo. Me pesa. Lo tiraría por la ventana. Si alguna vez lo defiendo es porque ella me identifica con él. Tu baúl, me dice. Pero no es mi baúl, es el baúl. Es pegajoso y molesto. Es innecesario. Métete en tu baúl, me dice. Y sólo de pensarlo me asfixio, pero en lugar de contestarle que no me interesa, que no estaría bien allí, me ofendo. Porque me siento juzgado. ¿Cómo te atreves a meterte con mi baúl tú, precisamente tú, que tienes todo un cuarto entero cerrado? Yo no elegí el cuarto, me diría. Tú sí elegiste el baúl, me diría. Pero yo no estaría de acuerdo. Lo que ocurre es que tú elegiste el cuarto cerrado y yo el baúl, y que nos equivocamos y ahora qué. Ahora qué hacemos con lo ya ocurrido e irreparable.

Yo creo que hay que meter el cuarto cerrado en el baúl y facturarlo bien lejos. O el baúl en el cuarto cerrado e irnos nosotros. Lejos. O dejar el baúl abierto y el cuarto abierto y apechugar con lo que sale y reconocer que lo que sale es una cantidad de basura incalculable, alta como una montaña de vertedero.

Además, ni el cuarto cerrado es suyo ni el baúl es mío. Los posesivos nos encadenan a lo que no somos y a quienes no somos. ¿Fuimos? Haber sido no es ser.

podemos decir que el amor sí cumplió su misión, en este caso;

bueno, consiguió que se enfrentaran a las propias miserias para empezar a crecer;

aquello que habían ocultado salió a la luz;

ella admitió que era adicta al cuarto cerrado, él admitió que era adicto al baúl;

qué distinto de aquello de oh, qué coincidencia, los dos pedimos café con leche y madalenas para desayunar;

aquella similitud se celebraba; con la adicción es distinto; está claro que ningún adicto se enrolla con alguien que no lo sea, en un terreno u otro;

¿recuerdas aquella película, *Días de vino y rosas*?;

a eso me refiero;

es sólo que las adicciones emocionales, igualmente destructivas y paralizantes, son más difíciles de aceptar y de combatir;

claro, Fina, porque se confunden con el afecto, el cariño, el amor;

y esa es la razón por la que resultan mucho más difíciles de erradicar que cualquier enganche a sustancias;

los desequilibrios emocionales requieren de un trabajo gigantesco para ser superados;

¿les contamos cómo acabaron Claudia y Rubén?;

creo que va a ser lo mejor;

quizás se han sentido identificados, ¿no?;

no me extrañaría, hay poca gente que nade sin guardar la ropa;

¿así lo definirías tú?;

bueno, la adicción es sin duda la falta de compromiso, ¿no crees?;

no me lo había planteado así, pero ahora que lo dices, pues sí, lo veo;

alguien ha levantado la mano;

¿cómo contestamos a eso?;

¿cómo es exactamente la pregunta?;

dice que si no opinamos que la adicción tiene más que ver con el sentimiento de lo propio que con la falta de compromiso;

buena pregunta, pero no son conceptos excluyentes, creer que existe lo propio hace que no nos comprometamos, porque no hay elección, y si no hay elección no hay libertad y si no hay libertad no hay compromiso sino creencia, obligación, obediencia;

Era mucho peor de lo que pensaban y hubo un momento en que, al verlo de cara, sopesaron la idea de abandonarse el uno al otro. Los dos sintieron que no podían vivir con alguien que ocultara algo así. Los dos, y eso lo admitieron bastante tiempo después, pensaron que lo del otro era mucho peor. Pero se impuso la verdad: eran ellos mismos quienes no podrían seguir conviviendo con sus hambrientas miserias que tarde o temprano iban a engullirlos por completo.

Rubén abrió el baúl bajo la mirada atenta de Claudia. Primero lo depositó en el suelo, abrió el candado. Claudia lo ayudó a levantar la tapa. Y allí estaban, varios cadáveres en descomposición que despedían un hedor insoportable. Pedazos putrefactos, líquidos amarillentos, objetos viscosos no identificables. Claudia pudo reconocer algunos elementos del pasado de Rubén, quien, avergonzado, le comunicó que había llamado a una compañía de limpieza que se haría cargo de recoger el baúl con todo su contenido para llevárselo a una planta de trituración.

Entonces fue el turno de Claudia, quien, horrorizada por lo que iba a descubrir ante la persona por quien deseaba seguir siendo amada, abrió la cerradura del cuarto y dejó a la vista aquello que, en cuanto se asomaron a la puerta, intentó llevárselos a la boca con sus tentáculos pegajosos mientras emitía ruidos parecidos a los que podría arrojar una garganta gigante al deglutir kilos de carne. La baba que caía de aquellos brazos cubría el suelo, en donde aparecían pegados los restos de los alimentos basura que Claudia compraba en el supermercado, excrementos, fluidos. Entonces ella, avergonzada, comunicó a Rubén que había llamado a una compañía de limpieza para que trasladara aquello a una planta de trituración.

Era lo que era. Los cadáveres hedían cada vez más y amenazaban con convertirse en una epidemia; y la bestia de los tentáculos crecía cada veinticuatro horas y amenazaba con devorarlos.

Qué horrible es el horror, dijo Rubén, y abrazó a Claudia.

Que horrible, fingió Claudia, y correspondió al abrazo mientras comprobaba que en el bolsillo de la chaqueta llevaba la llave del almacén que había comprado, un nuevo espacio secreto donde encerrar al monstruo para ir a visitarlo.

ENSAYO FUNERAL

Personajes

TERESITA: La gran matriarca, 82 años
ANA: La hermana mayor, 54 años
ROSA: La hermana menor, 52 años
ANTONIO: Novio de la hermana menor, 57 años
MAROMO: Novio de la matriarca, 20 años

Primer y único acto

Comedor de un piso de Barcelona. Rosa acomoda un almohadón bajo la cabeza de la madre, que está en el ataúd. Después espera de pie, en silencio. De vez en cuando mira el reloj y resopla. Un par de minutos más tarde, entra Ana muy agitada.

ANA: Pensaba que no llegaba nunca. Claro que la que recibe el homenaje no tiene prisa. *(Ríe mirando el ataúd, pero no de su broma sino de Rosa, que se santigua)*.

ROSA: No sé cómo puedes.

ANA: ¡Ay! ¡Ella! No sabe cómo puedo. No sabe cómo puede alguien hacer lo que hace. Te pones más rígida que mamá. ¡Y eso que mamá está más rígida que nunca! *(Vuelve a reír, provocadora)*.

Rosa menea la cabeza.

ROSA: Preferiría que te callaras, la verdad.

ANA: Eso no es novedad, ¿cierto?

ROSA: Voy a hablar yo y vas a ser tú la que se quede sin palabras.

Ana calla de repente. Tarda unos minutos en reaccionar. Finalmente se repone. Se acerca al ataúd y mira el interior.

ANA: ¡Qué fea está! No se gustaría nada, si se viera, ¿no te parece?

ROSA: La muerte no es bella.

ANA: ¡Venga ya! ¡No me fastidies! No puedes ser tan cursi. La muerte no es bella, la muerte no es bella *(repite en tono de burla lo que ha dicho Rosa)*. Los fiambres no son bonitos *(pausa)*, empieza la descomposición *(pausa)*, cuanto más tiempo pase, más fea va a estar *(pausa)*. Esos comentarios serían los que haría una persona normal y corriente, una persona de la calle, pero tú no, tú siempre por encima de la media, tú siempre elegante, contenida, en tu lugar.

ROSA: ¿Ni siquiera un día como hoy puedes dejar de provocar?

ANA: ¿Un día como hoy? ¡Y qué! ¡Qué me importa, un día como hoy! ¿O piensas que ahora me va a dar pena? A ti, tu caso es distinto. *(Aparece una mínima ternura)*. A

ti te tiene que importar, como le importabas tú a ella. A ti te quería de verdad, mamá *(le duele lo que dice)*. Ya lo sabes, que mamá te quería más a ti. O mejor dicho *(vuelve al tono sarcástico)*, de mí pasaba un huevo.

ROSA: ¡Ya estamos!

ANA: ¿Ya estamos? ¿Y qué vas a hacer, sin mamá? ¿Eh? Dime, ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a casar con Antonio, ahora que ya no le puedes dar hijos ni ganas que le habrán quedado, al pobre? ¿Qué vas a hacer todas las tardes cuando salgas del trabajo? ¿A dónde vas a ir? ¿Eh? ¿Y qué vas a hacer los sábados y los domingos a la hora de la comida? ¿Vas a comer con Antonio? ¿O a lo mejor vas a querer comer conmigo para seguir la tradición de hacerlo con la familia? ¿Eh? *(Mira al cadáver)*. ¿Y si te la hicieras embalsamar? ¿No crees que al fin y al cabo se parecería a lo que era durante los últimos años? ¿O contigo hablaba? Porque lo que es a mí, te puedo jurar que las pocas veces que venía a verla no me decía ni mu.

Rosa llora de forma contenida.

ANA: O sea que te da pena de verdad. Es increíble. *(Enciende un cigarrillo y se dirige al cadáver)*. Espero que no te moleste. *(Toca el ataúd)*. ¿De qué madera es? ¿Lo habéis elegido de la calidad adecuada? ¿Con forro de zinc para que dure más? ¿Has pensado en algún epitafio para la lápida?

Rosa la mira con desconfianza. Teme su burla.

ROSA: «He sufrido y he hecho sufrir. Perdonadme».

ANA: ¿Perdonadme? ¿Perdonadme? Mamá nunca pidió ni habría pedido perdón por nada, a nadie. ¡Nunca! ¡Perdonadme! ¿Cómo se te ocurre?

ROSA: Hay muchas maneras de pedir perdón.

ANA: ¡No! ¡Eso no es cierto! Sólo hay una manera de pedir perdón, y es pidiéndolo. Perdona, perdone, te pido disculpas, lo siento, me sabe mal. El perdón, para que exista, tiene que haber sido pedido. Las cosas se tienen que decir, Rosa, las cosas que no se dicen no existen.

ROSA: No hace falta decirlas todas. Hay cosas que se saben sin...

ANA: No, Rosa, no es así. *(Ejerce de hermana mayor, sin hostilidad)*. Me ha costado mucho aprenderlo, pero no es así. Todo lo que no se dice, se esconde. Y lo que se esconde, es como si no existiera, para bien y para mal. Esconder es una forma de mentir. Silenciar es también una forma de mentir, de dejar que los otros interpreten nuestro silencio tal como convenga.

ROSA: Creo que no estoy de acuerdo contigo, Ana. A veces es mejor no decir nada.

ANA: *(Reanudando el tono de batalla)*. ¡Cobarde! El mundo está lleno de cobardes.
ROSA: ¿Te acuerdas de cuando dejamos que mamá pensara que había sido papá quien le había mandado flores el día de su cumpleaños?
ANA: *(Pone cara de alarma. Mira a Rosa, mira el cadáver, vuelve a mirar a Rosa y le hace un gesto como diciendo, ¿qué haces?)*. Me arrepiento.
ROSA: ¡Pero mamá se sintió tan feliz!
ANA: ¿Qué tipo de felicidad es la felicidad que se construye sobre mentiras?
ROSA: Felicidad.
ANA: Hasta que…
ROSA: Hasta que nada. Mamá ha muerto sin saber la verdad.
ANA: ¿Estás segura?
ROSA: Del todo. *(Contesta a algo más que a la pregunta que le ha hecho, como si quisiera corroborar que está segura de que la madre está muerta)*.
ANA: ¿Y si yo ahora te dijera que se lo confesé?
ROSA: ¡No es verdad!
ANA: ¿Y si lo es?
ROSA: ¡Mientes!
ANA: ¿De veras lo crees? ¿Miento o te gustaría pensar que miento?
ROSA: ¿Por qué me torturas?
ANA: *(Ataque de sinceridad)*. No lo sé. Quizás es pura venganza.
ROSA: ¿Qué te he hecho?
ANA: ¿Lo que te has hecho a ti misma?
ROSA: ¿Qué quieres decir?
ANA: ¿No dices que es mejor callárselas, las cosas?

Ahora es Rosa quien calla, igual que antes lo había hecho Ana. Es el mismo tipo de silencio.

ROSA: Creo que necesito estar sola. Sería mejor que hiciéramos turnos, para estar aquí de velatorio.
ANA: ¿Qué quieres decir? ¿Que te incomoda mi presencia?
ROSA: Hablas demasiado, dadas las circunstancias. *(Hace un gesto de complicidad a Ana como si se escondiera del cadáver)*.
ANA: *(Desafiante)*. ¡O demasiado poco!
ROSA: ¿Qué ganas con tanta hostilidad? Estás amargada.
ANA: Puede, pero tengo buenas razones.
ROSA: Mamá se disgustaría mucho si nos escuchara, ahora, así, aquí, discutiendo por nada en lugar de lamentarnos juntas.
ANA: ¿Y a quién le importa lo que pensaría mamá, excepto a ti?

ROSA: No digas nada más.

ANA: ¿Te asusto?

ROSA: ¡Calla!

ANA: ¿Tienes miedo de lo que pueda decir?

ROSA: ¡Cállate de una vez!

ANA: Claro, me callo. *(Y ahora habla como entonando una canción infantil)*. La nenita de mamá tiene miedo de que le digan cosas de adultos. *(Cambia el tono)*. Toda tu vida supeditada a ella, como una criatura, incapaz de sobrevivir por ti misma. Y ella impertérrita, la emperatriz de la nada, egoísta, esforzándose por tenerte ahí como un títere, para hacer realidad sus deseos, para sentir cómo las amistades comunes, ¡comunes!, joder qué fuerte, cómo has podido vivir rodeada de todos esos vejestorios, comentaban hasta qué punto parecíais hermanas.

ROSA: Me voy.

ANA: ¿Te vas? No hay ningún lugar al que puedas huir de todo esto.

ROSA: Huyo de ti. De nada más.

ANA: Un día u otro vas a tener que volver a encontrarte conmigo.

ROSA: Un día u otro quizás sí. *(Se desanima)*. Sí, tienes toda la razón. *(Se sienta en una de las dos sillas que hay a los dos lados del ataúd)*.

ANA: *(Le ha dado pena Rosa. Se sienta en la silla al otro lado. Se miran por encima de la caja; tienen que estirar el cuello)*. ¿Te acuerdas de cuando éramos pequeñas y mamá nos hacía esos pastelitos que nos gustaban tanto, esos bañados de azúcar que por dentro tenían chocolate?

Rosa dice que sí con la cabeza.

ANA: Nunca le dejé que me explicara cómo los preparaba. Y ahora me gustaría tanto comerme unos cuantos. ¡Qué buenos estaban!

ROSA: *(Confiada)*. A mí todavía me los hacía, casi todos los domingos.

ANA: *(Furiosa)*. Por supuesto. ¡De alguna manera te tenía que pagar los servicios prestados! *(Pausa)*. ¿No contestas? ¿No dices nada? *(Se levanta)*. No puedes decir nada, qué vas a decir. Tienes que callarte a la fuerza. Y yo también tengo que callarme. ¿O a lo mejor ahora no hace falta, ahora podemos decir lo que se nos pase por la cabeza? ¿No te parece que empieza a oler un poco mal?

ROSA: *(Mirando el ataúd)*. No puedes ser tan bestia, Ana.

ANA: No me refiero a mamá, hermana, sino a todo esto nuestro.

ROSA: No lo digas, lo que quieras decir. No hay ninguna necesidad. Las cosas pueden seguir como han venido siendo hasta ahora.

ANA: La mierda, cuando se mueve, huele que apesta.

ROSA: ¿Pero se puede saber qué te pasa? ¿No puedes dejar que las cosas sigan como

siempre? Ha muerto mamá. Hay muchas cosas que tendrías que agradecerle. Y sea como sea, una madre es una madre, Ana. Está muerta. Del todo. Y lo siento, ya no puedes arreglar nada, si es que te quedó algo pendiente.

ANA: ¿Pendiente? *(Se alarma)*. ¿A qué te refieres? ¡Pendiente! ¿Pendiente? ¡Pendiente!

ROSA: Bueno, quiero decir que hacía mucho que no os hablabais, tal vez te ha quedado mala conciencia.

ANA: *(Como si no lo hubiera escuchado)*. ¡Pendiente! ¿Pendiente? Pendiente *(hace como si señalara una pendiente)*. Tú estás loca. ¿De verdad crees que he sido mala hija? ¿De verdad crees que mamá se merecía el sacrificio que has hecho?

Suena el móvil de Rosa. Mira la pantalla y contesta.

ROSA: Sí. Sí, gracias, sí, mejor que vengas. Estamos aquí con Ana. *(Y dirigiéndose a Ana)*. Es Antonio. *(Y volviendo al teléfono)*. No hay nadie más, no.

ANA: ¿Quién querría velar a una arpía?

ROSA: Perdona un momento, Antonio. *(Y a Ana)*. ¿Quieres hacer el favor de callarte? Estoy hablando por teléfono.

ANA: Pues vete a otro sitio. Eres tú quien molesta.

Rosa sale.
Ana se acerca al ataúd. Observa con atención.

ANA: Estás bien horrible, Teresita. Horrible del todo. *(Mientras la mira, le saca el almohadón de debajo de la cabeza, lo ahueca, manipula el cadáver. Está en guardia por si vuelve Rosa. Después sitúa de nuevo el almohadón debajo de la cabeza)*. Así vas a estar más cómoda. Si te vieras, te morirías del disgusto, o sea que no hace falta que resucites. ¡Qué pesadilla! Estarás contenta, ¿no? Has conseguido sembrar el silencio en tu entorno. El silencio es algo muy extraño, y hay de varios clases. Veamos. *(Tono de maestra de escuela)*. Está el silencio a secas, que se produce cuando no suena nada y que no es muy habitual, debido al ruido generalizado del mundo. Tenemos también el silencio obligatorio, tipo iglesia, entierro o conferencia. Y por último, está el silencio que habla por sí mismo. Este último es un silencio tenso, grave, doloroso. Es el silencio de la mentira, del pacto, del diablo. Tu silencio. El silencio que hemos heredado Rosa y yo, aunque, como ves, yo empiezo a liberarme. Fíjate por dónde, parece que estoy a punto de hablar, de estallar, de decirte.

Entra Rosa.

ANA: ¡Ya era hora! ¿Qué dice Antonio? ¿Hacéis planes? El pobre debe de estar contento, agradecido al cielo por la dicha de la muerte.

ROSA: No hables así de Antonio. Es una persona sensible. Le duele la muerte de mamá. Más que a ti.

ANA: No me cabe duda.

ROSA: ¿Pues entonces qué haces hoy aquí? ¿Por qué no te vas?

ANA: Vigilo. Vigiiiiilo. Quiero comprobar que la dejan tras las paladas de cemento del nicho. Y además una madre es una madre.

Rosa se vuelve a sentar en la silla de antes. Ana se sienta de nuevo al otro lado.

ROSA: Antonio ya viene.

ANA: ¡Pobre Antonio!

ROSA: ¿Qué quieres decir, pobre Antonio? Antonio no es como tú.

ANA: Eso está más que claro. Yo jamás habría dejado que mi cuñado acabara en la calle por cuatro duros.

ROSA: Sabes muy bien que Antonio no tuvo nada que ver con eso. Pedro se lo buscó. Fueron muchos años de...

ANA: Tú no lo conocías, a Pedro. Y ahora es demasiado tarde.

ROSA: Todavía no lo has perdonado.

ANA: No os he perdonado, no. Te recuerdo que tú estabas con Antonio.

ROSA: Mamá...

ANA: Mamá odiaba a Pedro. Sólo porque yo lo amaba.

ROSA: No sabes lo que dices.

ANA: Sé muy bien lo que digo. La única vez en la vida que te pido un favor...

ROSA: Bueno, la única... única, única...

ANA: ¿Qué pasa? ¿Llevas la cuenta? ¿No has tenido bastante con quedarte con la empresa de la familia, que encima me tiras en cara que las cosas no me han ido bien?

ROSA: Sabes tan bien como yo que, cuando papá murió, la empresa era una ruina.

ANA: Eso es lo que quería oír. O sea que es gracias a ti y a Antonio que ahora tenéis una fortuna, ¿no? O sea que es por eso por lo que mamá os invitaba a comer cada domingo hasta prácticamente el día de su muerte.

ROSA: Sabes que tú también estabas invitada.

ANA: ¿Implícitamente, quieres decir? *(Ana ríe a carcajadas sonoras)*. Por cierto, hablando de dinero, ¿qué has hecho con el anillo de compromiso de mamá?

ROSA: Pues, como es natural, se lo he dejado puesto.

Ana va decidida hacia el ataúd. Rosa intenta frenarla.

ANA: ¡No se lo va a quedar! ¡De ninguna manera! ¡Me va a servir para pagar unos cuantos meses de alquiler! Claro, como tú problemas económicos no has tenido nunca... Quita, suéltame. *(Están forcejeando delante del ataúd)*. ¡Te he dicho que me dejes! Se lo voy a sacar y lo voy a vender. Está decidido.

ROSA: No tienes sentimientos. Ya me lo decía mamá... *(Se tapa la boca)*.

Ana se gira con el anillo, que le ha quitado al cadáver, en la mano.

ANA: ¿Eso te decía mamá? ¡Bruja! ¿Que yo no tenía sentimientos? ¿A qué llamáis sentimientos la gente como vosotros? ¿A respetar el anillo de un muerto? ¿A eso? ¡Qué sabéis de los sentimientos los que nunca habéis sufrido!

ROSA: ¿Crees que yo no he sufrido?

La corta sin dejar apenas que acabe la pregunta.

ANA: ¡No! ¡No has sufrido! Sólo los que se rebelan sufren. Sólo los que se enfrentan. Tú siempre te has conformado. Has elegido la vida cómoda.

ROSA: Estás llena de odio.

ANA: No sabes hasta qué punto. ¿Hay algo más en el cadáver que me pueda ser de provecho? Dime la verdad, porque soy capaz de revolverla de arriba abajo para ver si mientes.

ROSA: ¡Eres una bestia! No, no hay nada más que te pueda ser de provecho. Le coloqué entre las manos el libro con el poema ese que siempre nos recitaba.

ANA: ¡La muy chantajista!

ROSA: ¿Te acuerdas?

ANA: ¿Te parece que se puede olvidar?

ROSA: Un chico se enamora locamente de una chica que...

ANA: ¡Calla, no me lo recuerdes! ¡Qué manera de manipularnos!

Rosa llora.

ANA: Llora, llora, imbécil. Llora, desgraciada. *(Se va hacia el cadáver)*. Sois clavadas, vosotras dos. Sois vosotras las que herís y vosotras las que lloráis.

Suena el móvil de la madre, que está sobre la mesa del comedor.

ANA: Es el móvil de mamá. La tía Paquita, ¿qué hacemos?
ROSA: Pues no sé, mamá no nos ha dado instrucciones al respecto.
ANA: ¿Pero qué haríamos nosotras?

El móvil deja de sonar. Se sientan de nuevo en las sillas que hay a los lados del ataúd. Recordemos que se miran por encima de la caja.

ANA: Parece mentira.
ROSA: ¿Tú te lo crees?
ANA: Tenemos que hacer el esfuerzo. Por nosotras y por ella.
ROSA: Esto de la muerte, no sé cómo decirlo, es una barbaridad.
ANA: Inevitable. Hay para todo el mundo.
ROSA: Me estremezco sólo de pensarlo. El otro día, en el mercado, la de la pescadería me contó el caso de uno que se había cortado un dedo, sólo un dedo, ¿eh?, y...
ANA: Tal vez ahora no tendríamos que hablar de anécdotas del otro día o de la otra semana. *(Mira hacia el ataúd con cara de preocupación y hace un gesto de complicidad a Rosa)*. La vida, con una muerte como esta, se detiene por completo. Es como un semáforo.
ROSA: La muerte de mamá, sí, y tan joven, como si dijéramos. Quién nos lo iba a decir.
ANA: Eso es un tópico.
ROSA: ¿El qué?
ANA: Decir que quién nos lo iba a decir. Se dice siempre.
ROSA: ¿Y?
ANA: Que podrías ser un poco más original.
ROSA: ¡Ah, bueno, como si eso fuera importante ahora, como si tuviéramos público!
ANA: Y si lo tuviéramos, ¿qué? ¿Cambiarías algo?
ROSA: Bueno, si tuviera la certeza de que alguien me mira, sí que cambiaría algunas cosas, como de peinado o de ropa.
ANA: ¿Y de discurso no?
ROSA: No, de discurso no. Volvería a decir «Quién nos lo iba a decir», así que hazte a la idea, no pienso cambiar de diálogo.
ANA: Como quieras. Pero ella nos lo dijo. Saberlo antes es una putada.
ROSA: Todos lo sabemos antes, Ana.
ANA: ¡Pero sin fecha, hostias!
ROSA: ¡No sueltes tacos aquí!

Ana hace un gesto de menosprecio por el comentario de Rosa.
Se oye una música de fondo, muy suave.

ROSA: ¿Qué es esa música?
ANA: Debe de ser el iPod de mamá.
ROSA: No me digas que tiene el iPod.
ANA: A mí no me parece tan mala idea.

Rosa se levanta, remueve la caja y saca el iPod. Lo apaga.

ROSA: Esto no es serio. O te mueres o no te mueres. Tú no respetas nada.
ANA: Venga ya, no dramatices. Yo no respeto nada y tú vives como si formaras parte de una obertura de Wagner.
ROSA: Si lo sabes antes, puedes preparar a la familia, y prepararte tú.
ANA: Pero eso es la vida, ¿no te parece? Venga prepararse para asumir que se termina y cuando más o menos lo entiendes, se termina.
ROSA: ¿Tú crees que ella lo tiene asumido?
ANA: Bueno, ahora es obvio que sí. Me gustaría pensar que sí. De hecho, si no, ahora mismo tú y yo no estaríamos aquí.
ROSA: No sé, yo no acabo de creérmelo, qué quieres que te diga.
ANA: Pues no digas eso, por lo que más quieras. Sólo faltaría... O sea, es normal que no te lo creas, es muy reciente. Todavía tienes que empezar a llorar.
ROSA: *(En voz baja como para que la muerta no escuche).* Y hablando de llorar, ¿no tendríamos que llorar un poco?
ANA: *(En voz baja también)*. Ay, sí, sí, es verdad, tienes razón.

Las dos se ponen a llorar sin consuelo.
Suena de nuevo el móvil de la muerta.

ANA: Vuelve a ser la tía Paquita.
ROSA: No sé, qué quieres que te diga. ¿Se lo preguntamos? *(Señalando el cadáver)*.
ANA: Quieres decir en la güija. *(Con los ojos abiertos de par en par. Y ahora a la tía Paquita)*. ¿Tía, cómo va, guapa? Pues aquí estamos. ¿Mamá? No, ahora no puede contestar. No se encuentra bien. *(Se tapa la boca, parece que está a punto de empezar a reír)*. Sí, sí, se ha tumbado un rato, no, no en la cama, no, aquí en la sala, sí, ¿qué quieres que le diga si se despierta? *(Pausa).* Cuando, cuando se despierte, sí, perdón, eso quería decir, ¿te he dado un susto? Ay, tía, perdona, es el estrés, sí, cuando se despierte, claro, la receta del pastel de calabacines con zanahorias,

seguro que se acuerda, ya sabes qué memoria tiene tu hermana. ¿El tío está bien? De acuerdo, sí. No, no, no, de ninguna manera, qué va, no hace falta, no. *(Y más seria y radical)*. No, tía, no vengas. Estamos Rosa y yo. No hace falta. De acuerdo *(suaviza de nuevo el tono)*, gracias, sí, a ver si un domingo de estos. Un beso, tía, y otro de Rosa, adiós.

Ahora suena otro móvil.

ANA: Es el mío.
ROSA: Pues cógelo. Tendrías que haberlo apagado.
ANA: Sí, claro, como si estuviéramos en el teatro, ¿no? Esto es un velatorio, no una farsa. Ten cuidado con lo que dices, por favor.

El teléfono sigue sonando.

ANA: No te lo vas a creer.

Rosa la mira intrigada.

ANA: Me lo he dejado adentro de la caja, no sé cómo.
ROSA: Tranquila, que ella no va a contestar y seguro que no le molesta.
ANA: No estés tan segura.
ROSA: Ya sabes cómo es.
ANA: Querrás decir «era». Ya sabes cómo «era». Es importante cambiar los tiempos verbales. Si está muerta, «era». Si no estuviera muerta, «es».
ROSA: Perdona, es que todo esto se me hace muy difícil.

El móvil para. Ana lo saca de la caja y mira quién era.

ANA: Era tu marido.
ROSA: «Es». Se tienen que utilizar bien los tiempos verbales. Si no está muerto, «es». Si estuviera muerto, «era».

Ana ríe y le alarga el móvil.

ANA: Toma, llámalo. Seguro que llamó al tuyo, pero se te habrá acabado la batería o lo habrás puesto en silencio, no sé. No soporto a la gente que tiene móvil como si no lo tuviera. Te dan el número, te dicen llámame cuando quieras y después o no lo

oyen o se lo han dejado en casa o se les ha acabado la batería o lo llevan en silencio. El mundo está lleno de ineptos.

ROSA: Oh, gracias por el comentario. Eres muy rígida, Ana.

ANA: Era. Tiempo verbal correcto. Ya no lo soy. Ahora soy muy flexible. *(Realiza una flexión con el cuerpo)*.

Rosa la escucha mientras manipula el teléfono para llamar a Antonio. Espera que contesten y hace una señal a Ana para que se calle.

ANA: La gente rígida me molesta, porque lo que hay que hacer en la vida, cuando sabes vivir, es tolerar, ¿no te parece?

ROSA: Es Antonio.

Ana pone cara de ya lo sé.

ROSA: Soy yo, cariño. ¿Has vuelto a llamar? Ana, que se lo había dejado en la caja, en el ataúd, sí, qué manía con el lenguaje os ha entrado hoy a todos, recórcholis, el de madera de pino, sí, el más baratito, ya sabes cómo es mamá.

ANA: ¡Cómo era!

ROSA: Cómo era mamá, sí, sí, ya sé que es una locura, pero es lo que ella quiere, quería; quería; qué le vamos a hacer, ella dice, decía, decía que nos va a ir bien, y a ella también. Ya lo sé, Antonio, que los muertos no tienen sentimientos, ¿crees que soy idiota? A veces pareces un muerto, jopeta, tan insensible.

ANA: ¿Va a venir?

ROSA: Ana quiere saber si vas tardar mucho en venir. ¿Cómo que por qué? También eres parte de la familia, ¿no? *(Ana le hace señas de que le quiere decir alguna cosa)*.

Espera.

ANA: Que no, que no, que no es por eso, que le digas...

ROSA: ¡Ay, díselo tú misma, plomo!

Le pasa el teléfono.

ANA: Quería saber si vas a venir para que me traigas cigarrillos, que me quedan muy pocos y parece que esto va para largo. ¡Ya sé que no tendría que fumar! Pero si tú también fumas. Vale, sí, hasta ahora. *(Y a Rosa)*. Dice que le pases a mamá. *(Le da el teléfono a Rosa)*.

ROSA: Antonio, no tiene ninguna gracia, ¿sabes? No, me da igual qué hiciste tú cuando murió tu madre, y para ya, ¿vas a venir o no? No nos vamos a mover de aquí, sí, pues hasta ahora, bueno, un beso, yo más, ay, no me digas esas cosas, que no, que me voy a sonrojar, tonto, va, adiós, sí, un beso, hasta ahora, yo más...

Ana le arrebata de la mano el teléfono y corta.

ANA: Ya está *(fastidiada)*. Tenemos a mamá como la tenemos y tú follando por teléfono.

ROSA: Yo no estaba...

ANA: Siempre que puedes me restriegas que tú sí y yo no.

ROSA: No me digas eso.

ANA: Te digo, te digo. Y no estoy con nadie porque no me da la gana. Más vale sola...

ROSA: De Antonio ni una palabra, ¿me oyes?

ANA: ¡Huy, huy, tu Antonio, que no te lo toquen! ¡Si ni siquiera sabe hacer niños! Mira a la pobre mamá, muerta y sin nietos, tanta ilusión que le hacía.

ROSA: No seas injusta.

ANA: ¿Injusta yo? ¡Ja!

Se acerca al ataúd y mira a la madre.

ANA: Dice que soy injusta *(cambiando el tono)*. ¡Qué buen color! No parece que la tenga ni cerca, a la muerte. Tienes más cara de muerta tú que ella.

ROSA: Gracias, qué amable. ¿Y cómo es la cara de muerta, según tú?

ANA: No sé, así como sin vida, ¿no?, así como inexpresiva y desganada y ausente.

ROSA: Muy precisa, la descripción.

ANA: No lo decía todo por ti.

ROSA: Da igual, tú también vas a tener cara de muerta tarde o temprano.

ANA: ¡Ah no! ¡Yo no! A mí que me quemen enseguida. Yo no quiero velatorio ni sandeces de esas.

ROSA: La cara de muerta la vas a tener igual, tanto si te ven como si no.

ANA: ¿Tú crees que hay algo, después?

ROSA: Algo tendría que haber. Si no, ¿qué sentido tendría todo esto?

ANA: ¿Y por qué tendría que tener sentido? Qué sentido tienen, qué sé yo, las hormigas, por ejemplo, si las tomas de una en una.

ROSA: ¿Qué tienen que ver las hormigas? Y además, yo no me refiero sólo a los humanos, hablo de la vida con mayúsculas.

ANA: Tú siempre hablas de todo con mayúsculas. Eres una mujer solemne. No sé cuál

será el sentido de la vida con mayúsculas. Lo que sí sé es que a mí, día a día, muchas veces me cuesta encontrar el sentido de mi vida que, claro está, como la de las hormigas, se escribe con minúsculas. Te levantas, te duchas, te matas un poco fumándote el primer cigarro, te tomas un desayuno lleno de alimentos con conservantes y colorantes, sales a la calle a respirar aire contaminado y a sufrir una fuerte agresión acústica, vas al trabajo a soportar a los compañeros que hablan de temas que te resultan por completo indiferentes y cuando quieres pensar qué vas a hacer ese día ya estás en casa a punto de ir a dormir porque estás reventada.

ROSA: Sí, como dice no sé quién, la vida es lo que te pasa mientras piensas qué vas a hacer de tu vida.

Ana se encoge de hombros.

ROSA: No te estarás deprimiendo, ¿verdad? Podrías tomarte algo, las pastillas hacen milagros.

ANA: ¡No me fastidies! ¿Sabes qué pienso? Que son los otros los que nos dan sentido. Y ahora me arrepiento de no haberle dicho *(mira hacia el ataúd)* que la quería, que me importaba y que la voy a echar de menos *(se le rompe la voz)*.

ROSA: ¿Ves que no era tan mala idea celebrar el velatorio? Es una manera de decirle...

ANA: No lo soporto. ¡Acabemos de una vez!

ROSA: Si fuera así de fácil *(haciendo gestos desesperados a Ana)*. La muerte es lo único que no se termina nunca.

ANA: Algo bueno tenía que tener.

ROSA: ¿Y a quién voy a llamar ahora para que me dé la receta de la sopa de pescado?

ANA: Venga, no te pongas sentimental, que no hace falta, ya lo sabes.

ROSA: A ella le gustaría.

ANA: ¡Ah, si es por eso, adelante, pelota!

ROSA: No seas ridícula. Está muerta.

ANA: ¡Mira con qué convencimiento lo dice! Hay muertos y muertos. No me hagas hablar.

Suena el timbre.

ROSA: ¿Y quién será?

ANA: Ve tú.

ROSA: Todo me toca a mí. *(Se va)*.

ANA: *(Hacia el ataúd)*. A ver a quién es. Ya lo decía yo que no era buena idea montarlo en casa. Imagínate que es alguien que nos vemos obligadas a hacer

entrar hasta aquí. ¡Menudo panorama! ¡A ti estas cosas nunca te han preocupado, nunca te ha importado lo que piensen los demás! Mira si eres, eras, eras, fuerte, que no viniste al entierro de papá, pobre hombre, con la ilusión que le habría hecho. Me lo dijo mientras agonizaba, Ana, dile a tu madre que venga, qué van a pensar mis amigos si no está. Y sus amigos pensaron lo que tenían que pensar, que te importaba una mierda. Yo soy un poco como tú, la verdad, y por eso me da rabia toda esta pantomima, me sorprende que la hayas querido, te lo digo ahora que no está Rosa, ella es más clásica, es más como papá.

Aparece Rosa con una corona de flores.

ANA: ¡Ah bueno, qué puesta en escena más efectista! ¿Quién las envía?
ROSA: No hay tarjeta.
ANA: Claro. Se las debe haber enviado. *(Mira hacia el ataúd)*. Tuvo claro que a nosotras no se nos pasaría por la cabeza.
ROSA: Me supera todo esto.
ANA: Calla, calla y sigue como si nada. Es el último.
ROSA: ¿Estás segura?
ANA: Bueno...
ROSA: Yo no lo tengo tan claro.
ANA: ¿Quién era?
ROSA: ¿Quién era quién?
ANA: El que tocó timbre.
ROSA: El de las flores, ya te lo he dicho.
ANA: Ya, ya sé que era el de las flores, lo que te estoy preguntando es que quién era.
ROSA: ¿Me estás tomando el pelo?
ANA: ¿Era Manuel?
ROSA: ¿Quién es Manuel?
ANA: El de la tienda de flores de la esquina.
ROSA: No tengo ni idea.
ANA: ¿Pero era él?
ROSA: Pues no sé, no lo conozco, yo, a Manuel.
ANA: Es el tipo aquel con el que salí hace un par de años.
ROSA: ¿Saliste con alguien hace un par de años?
ANA: ¿Me lo preguntas de verdad o me estás tomando el pelo tú a mí?
ROSA: No, es que me parecía que hacía más tiempo. ¿Y por qué lo dejaste?
ANA: Me dejó él a mí.
ROSA: Pero tú decías que no lo amabas.
ANA: Yo a los hombres no los amo, me los follo, y ya.

ROSA: Es una posibilidad, claro.

ANA: Para mí no hay otra. Lo único que me interesa de ellos es lo que llevan entre las piernas.

ROSA: A mí, en cambio, me gustan tantas cosas, de Antonio...

ANA: No lo entiendo, ¿como cuáles?

ROSA: Su olor, su forma de caminar, la voz, que me haga compañía...

ANA: De un perro te podría gustar más o menos lo mismo. ¿Cómo es que mamá no salía con nadie últimamente?

ROSA: ¿Qué quieres decir?

ANA: ¿Qué quieres decir con qué quiero decir? Que por qué no salía con nadie.

ROSA: ¿Quién te lo ha dicho?

ANA: ¿Quien me ha dicho qué?

ROSA: Que no salía con nadie.

ANA: ¿Te parece tan grave que se tiene que guardar como un secreto, lo de no salir con nadie?

ROSA: ¡Cuánta susceptibilidad! Lo que quería decir es que mamá sí que sale, que salía, que salía con alguien. Y no creo que tarde mucho en llegar, por cierto. Mamá me pidió que lo invitara.

ANA: O sea, que mamá tenía un novio y yo sin tener idea. ¿Y quien es?

ROSA: ¿Sabes al hombre de la agencia de seguros que conocía Antonio, el que nos hizo el seguro del piso?

ANA: ¿Ese hombre? Vaya con mamá, no es, no era, no era tonta, qué va, se lo buscó más joven que ella, ¿eh? A mamá, de los hombres, le gusta, le gustaba lo mismo que a mí.

ROSA: Bueno, no es justo ese hombre.

ANA: Ah, ¿no? ¿Y entonces por qué me hablas de él?

ROSA: Es que es su hijo.

ANA: ¿Su hijo? ¿Cómo su hijo?

Ana se va hecha una furia hacia el ataúd y le grita al cadáver.

ANA: ¡Ahora sí que has pasado, ahora sí que no! El hijo de un hombre más joven que tú podría ser, podría ser tu nieto, ¿me oyes? Mama, te estoy hablando, y ahora no estoy para juegos estúpidos ni ensayos de funeral. Basta. ¡Hasta aquí podíamos llegar!

ROSA: ¿Quieres hacer el favor de calmarte? Ya sabes que mamá no puede oírte. Está muy muerta.

ANA: He aquí que ahora se puede estar muy muerta o sólo un poco, y ella lo está tanto que no puede oírme. Gracias por la aclaración. Y tú *(mirando a la madre)*, ¡tú

mejor que te calles para siempre!

ROSA: Va, déjalo. Total, ya se ha acabado.

ANA: ¿Y crees que lo hacía sólo por sexo?

ROSA: ¡Oh, no, no, era su causa humanitaria! ¡Ana, por favor!

ANA: Qué quieres que te diga, me cuesta imaginármela.

ROSA: ¡No te la imagines!

ANA: No puedo. La imaginación es así, se imagina lo que quiere.

ROSA: Bueno, intenta controlarla.

ANA: ¡Es ella la que tendría que haberse controlado! ¿Y dices que ahora viene?

ROSA: Enseguida.

ANA: ¿Y yo por qué no estaba enterada de nada?

ROSA: Ana, sabes muy bien que tú no aceptas la verdad. A ti se te tiene que decir siempre lo que quieres oír.

ANA: ¡Venga ya, hermanita! O sea que, según tú, soy de la gente que prefiere las mentiras.

ROSA: O el silencio.

ANA: A veces el silencio es higiénico. Yo no necesito toda la información, para vivir.

ROSA: Pues ya está. Todos contentos. Tenías lo que necesitabas. Tampoco te dio por preguntarlo nunca.

ANA: Me da rabia la gente que espera a que le pregunten, para decir la verdad.

ROSA: Tu problema es que crees en la verdad.

ANA: En algo hay que creer.

ROSA: O no. No sé si es necesario creer en algo. Se vive y ya está, no parece tan complicado. Haces, deshaces, esperas, desesperas. La verdad está sobrevalorada. Está más que demostrado que todo depende de las circunstancias. Eres honesto, si puedes. Libre, si puedes. Fiel, si puedes. Responsable, si puedes. Noble, si puedes.

ANA: Tú lo planteas muy fácil, pero no lo es. La cuestión es encontrar el límite entre poder y no poder. Hay quien piensa que, para ser generoso, necesita poseerlo todo, y hay quien da de lo poco que tiene. Ricos y pobres, no es ningún secreto.

Suena el timbre.

ROSA: Debe de ser el novio de mamá. Sé discreta, por favor.

Ana se sienta en la silla y simula que llora. Se oye la voz de Rosa.

ROSA: *(Off).* Pasa, pasa, está mi hermana.

El Maromo entra primero.

MAROMO: Permiso. Te acompaño en el sentimiento. *(Cae de rodillas delante del ataúd y llora sin parar. Después se pone en pie con esfuerzo)*.

ANA: Gracias. Siéntate si quieres.

MAROMO: Prefiero quedarme de pie. *(Se acerca a la caja, mira a la muerta)*. Todavía parece que esté con nosotros. *(Está destrozado)*.

ANA: Claro. Y tan guapa. ¿Verdad, Rosa, que mamá muerta *(dice la palabra con intención)* está muy guapa?

ROSA: Discúlpala, está nerviosa, no sabe lo que dice. *(Hace señas a su hermana para que disimule ante el chico)*.

MAROMO: Dicen que a los muertos se les queda la cara de lo que han sido en la vida. Si una persona ha sido resignada, se le queda cara de...

ANA: Resignación. Hemos entendido lo que has querido decir, chato.

ROSA: Es llamativo, sí. Pero si es verdad que en los últimos instantes te enfrentas a un resumen de tu vida, quizá tiene sentido que se te quede cara de lo que más fuiste.

MAROMO: Yo no había visto nunca ningún muerto.

ANA: ¡Y que el primero que veas sea tu novia! ¡Qué injusticia!

ROSA: Si sigues provocando, este velatorio tampoco va a servir de nada, hermana.

ANA: Me da igual. Salgo un momento a la galería, a fumar, no vaya a ser que le moleste *(refiriéndose a la madre)*.

Rosa y el Maromo permanecen un momento en silencio.

MAROMO: No voy a poder vivir sin ella.

Rosa y el Maromo callan con la cabeza gacha.

ROSA: Ahora resulta muy duro, pero vas a ver que con el tiempo todas las heridas se hacen más llevaderas, y tú eres muy joven.

Entra Ana.

ANA: ¡Y tan joven! Tienes la edad del nieto que Rosa no le dio nunca. ¿La llamabas abuela?

MAROMO: *(Llorando)*. Yo la amo.

ANA: La amabas, la amabas. Ahora ya está, se acabó lo que se daba. Y deja de llorar, que me estás poniendo nerviosa.

ROSA: *(A Ana)*. Es natural que llore.
MAROMO: Es natural que llore.
ANA: *(A Rosa)*. No me fastidies, que hablo.
ROSA: No, no, por favor, eso no. Ya que hemos llegado hasta aquí...
ANA: Muy bien, pero el chico se va.
MAROMO: Por favor, dejo de llorar, quiero estar cuando vengan a buscarla.

Rosa y Ana se miran con cara de circunstancias.

ROSA: Bueno, quédate y vamos viendo.

Se oyen unas llaves en la puerta.

ANA: Ya ha llegado. Anda, corre, ve a recibirlo.
ROSA: *(Al Maromo).* Es mi Antonio. Antonio, quiero decir. *(Sale)*.
ANA: El tuyo, el tuyo, lo has dicho bien. No te preocupes que nadie te lo va a quitar. *(Sale tras ella. El Maromo se queda solo en la sala).*
ANTONIO: *(Se oye en off).* ¿Como va la farsa?
ANA: *(Off).* Ssshhhhh, que te va a oír.
MAROMO: *(Al cadáver).* Bonita, amor mío, aquí soy el único que te quiere. Tú me lo decías, que la familia no era lo que tú habías soñado. ¿Sabes qué? Te he traído una cosa para que te la lleves. Lo he hecho yo mismo. Es un colgante de madera que te va a dar suerte. Yo tal vez tarde un poco en seguirte.
ANA: *(Entra con energía. Pone cara de asco cuando ve que el Maromo le habla a la muerta. El Maromo, al oírla, baja la voz)*. No le hables, no te oye, es inútil.

El Maromo se encoge de hombros.

MAROMO: ¿Cómo podéis ser tan desconsideradas?
ANA: No preguntes, no preguntes, mejor que no preguntes. No me hagas hablar. Y calla, haz el favor. Si supieras la verdad...
ROSA: ¡Basta! ¡Basta! Escuchad, ya hemos pasado por esto. Esta vez tiene que salir bien.
ANA: Pues has dicho las palabras mágicas.
ANTONIO: *(Desde la puerta. Sin entrar. No se lo ve).* Pero hoy aguanta sin decir nada, la vieja.
ANA: Es porque está el Maromo, que cree que está muerta, y quiere quedar bien.
ROSA: Antonio, trae un par de sillas de la cocina. *(Se impacienta)*. ¿Antonio?

¡Antonio! ¿Se puede saber qué haces? *(Sale ella y vuelve con dos sillas)*.

ROSA: *(Entrando)*. Dice que no quiere entrar. Sentaos, sentaos. *(Ella se sienta la primera y luego grita con autoridad militar)*. ¡Que os sentéis!

Ana y el Maromo obedecen. Hacen un semicírculo alrededor del ataúd.

ROSA: Imaginaos que ha muerto mamá. *(Pausa)*. Y ahora imaginaos que, justo porque ha muerto, no volveremos a verla. *(Pausa)*. Y ahora imaginaos que ese es el sentido que tiene la vida: ver a los que quieres. *(Pausa)*. Y ahora imaginaos que sois vosotros los que estáis a punto de morir. *(Pausa)*. Y que, justo por eso, vais a dejar de ver a toda la gente que queréis y que os quiere. Para siempre. *(Pausa)*. ¿No querríais despediros? Bueno, pues la idea de hacer un velatorio de ensayo no tiene sentido, pero está bien argumentado, y las cosas bien argumentadas...

ANA: Mamá, ya puedes salir. Hoy tampoco ha funcionado. No conseguimos meternos en el papel.

ANTONIO: *(Desde fuera)*. Vámonos, Rosa.

ANA: *(A Antonio)*. ¿Por qué no entras? *(A la muerta)*. Mamá, deja de fingir, que se ha terminado el ensayo. El día que pase va a pasar y punto.

ROSA: *(De pie junto al ataúd)*. Ana, ven.

ANA: *(Se acerca a su hermana y mira hacia la caja)*. Lo hace bien, ¿eh?

ROSA: No está fingiendo, Ana. No está fingiendo. ¡Ahora es verdad! ¡Antonio!

ANA: No seas ridícula, ya sabes que sólo era un ensayo.

ROSA: Parece que de tanto ensayar...

MAROMO: *(Se levanta)*. No entiendo nada. ¿Sabéis qué? Yo me voy.

ANA: ¡Tú no te vas a ninguna parte! Esto acaba de empezar.

ROSA: Mamá está muerta, no hay duda.

ANA: ¿Y en qué momento se habrá muerto?

ANTONIO: *(Desde la puerta)*. Ya os lo decía yo que lo de hacer ensayos de velatorio no iba a traer nada bueno.

ROSA: ¡Es lo que ella quería, Antonio! ¿Quieres hacer el favor de venir?

ANTONIO: Te lo dije, que no quería saber nada de todo esto.

ANA: ¿Queréis dejar de discutir? ¿Qué hacemos? Porque ahora ve y explícale a alguien lo que ha pasado. No, mire, fue una muerte natural, sí, sí, sabemos que es rara una muerte natural adentro de un ataúd, pero estábamos ensayando, ¿teatro?, no, no, nada de teatro, no, la cosa iba en serio, nuestra madre quería que nos hiciéramos a la idea y, de alguna manera, quería asistir a su entierro, no podía soportar no controlarlo todo, sí, era todo un carácter, ella.

Rosa va hacia el teléfono.

ANA: ¿Qué haces?
ROSA: Llamar al hospital.
ANA: Mejor a la funeraria.
ROSA: Tiene que venir una ambulancia. Quizá todavía estamos a tiempo. ¿Sí, hola? Hola, mire, por favor, ¿puede enviar una ambulancia? Rápido, por favor. Sí. Sólo ochenta y dos años, pero estaba, está muy enferma desde hace tiempo. *(A Ana, en voz baja).* ¿Son ochenta y dos, no? *(De nuevo al teléfono).* Eso ya no lo sé. Un infarto, no sé. ¿Qué quiere que le diga? Gracias. Sí, sí, en la calle...

Ana le coge el móvil y corta.

ANA: No vayas tan deprisa. ¿Y si se ha suicidado?
ROSA: Pues si se ha suicidado, se ha suicidado. ¿Y qué?
ANA: El seguro. Si te suicidas, no pagan.
ROSA: ¿Tenía un seguro?
ANA: ¿Cómo quieres que lo sepa? Eres tú la que tendría que saberlo. ¿Pero y si lo tiene?
ROSA: Si lo tiene, van a pensar que alguien la mató para cobrarlo. *(Mira a Ana con horror).* Tú has estado sola con ella mucho rato.
ANA: Y tú has llegado antes que yo.

Las dos miran al Maromo, que camina hacia la puerta.

ANA: ¡Quieto! Tú te has quedado solo con ella cuando hemos salido a recibir a Antonio.
MAROMO: Yo no, a ver, soltadme, por favor. *(Suplica. Ana se sitúa en la puerta, para impedirle la salida).*

Rosa llora. Tiene una mano de la madre entre las suyas.

ROSA: Está fría.
ANA: Siempre ha sido así.
MAROMO: El otro día por la tele salió el caso de un hombre que había pasado unas horas sin vida y que después...
ANA: Lo que tú miras por la tele no va a salvar a tu novia. ¿Ya sabes si te ha dejado algo en el testamento?

ROSA: Por favor, Ana, en serio, descansa, para, frena. Mamá está muerta. Y no hay testamento.

ANA: ¿Como que no hay?

ROSA: Que mamá no ha hecho.

ANA: Mamá decía que el piso sería para mí, que estoy de alquiler.

ROSA: El piso es de las dos, Ana. Todo es de las dos. Eso es lo que habría querido mamá.

ANA: ¡Mira la mosquita muerta! ¿No tenéis bastante con una casa, Antonio y tú, que ahora queréis otra?

ROSA: Ana, mejor cálmate. Esta actitud no ayuda a nadie.

ANA: No estoy aquí para ayudar a nadie. He venido para celebrar el funeral de mamá, y eso es lo que hago, celebrarlo.

MAROMO: Mirad, de verdad, yo tendría que empezar a irme.

ANA: Tú quieto. Ya eres parte de la familia. Y la familia tiene que estar unida. Nuestro destino ahora está atado. ¡Siéntate!

ROSA: Suerte que mamá no nos oye.

ANA: ¡Fingir un funeral! ¡Sólo a ella se le podía ocurrir! ¿Qué pensaba? ¿Cuántas veces puedes jugar con la muerte y salir victoriosa? *(Imitando la voz de su madre, burlona)*. Nenas, quiero que volváis a celebrar mi funeral. Ya sé que todavía no estoy muerta, pero seguro que falta muy poco y quiero que os hagáis a la idea. Y también yo quiero hacerme a la idea.

ROSA: Tienes razón, era ridículo.

ANA: Tres ensayos, tres. A la tercera va la vencida. Ahora tiene lo que quería. Ensayo general y función. *(Aplaude mirando el ataúd)*.

ROSA: Parece que no ha sufrido. No se ha oído nada.

ANA: No es la muerte, lo que nos hace sufrir, sino la vida. Y no seas hipócrita. ¿Cuándo lo has hecho? ¿Se ha dado cuenta?

ROSA: Mamá ha tenido una buena vida.

ANA: Mamá ha tenido la vida que ha podido, como todo el mundo. Mamá ha sido una egoísta.

ROSA: ¡No digas eso!

ANA: ¿Por qué?

ROSA: Porque está muerta y no puede defenderse.

ANA: ¿Se ha resistido?

ROSA: Eres odiosa.

Se oyen las llaves en la puerta.

ANTONIO: *(Off)*. ¡Voy a comprar cigarrillos! *(Sigue un fuerte portazo)*.

ANA: ¿Ya sabes que cuando dicen eso no vuelven, verdad? Es típico.
MAROMO: El otro día en la televisión salió un hombre...
ROSA: Chaval, para ya con la televisión. Es mejor que lo atemos, ¿no te parece?
ANA: Voy a buscar con qué.
MAROMO: *(Cuándo Ana ya no está)*. ¿Estáis locas? *(Quiere levantarse. Rosa se lo impide. Le tapa la boca con su pañuelo de cuello)*.

Vuelve Ana con cuerdas de tender ropa.

ANA: No he encontrado nada más.
ROSA: Suficiente. *(Atan al Maromo)*. Déjalo inconsciente, tú eres más fuerte. *(Ana coge una silla y le descarga un golpe al muchacho en la cabeza)*. ¡Lo has matado!
ANA: No creo, no le he dado tan fuerte.
ROSA: Parece que le sale un poco de sangre de la cabeza.
ANA: No ha sido nada.
ROSA: ¿Ana, con qué lo has hecho?
ANA: Ya me has visto, con la silla.
ROSA: No me refiero al chaval. Hablo de mamá.
ANA: No he sido yo. ¿Con qué lo has hecho tú?
ROSA: No pienso hablar.
ANA: Yo tampoco. Pero dime al menos por qué. Tú la querías.
ROSA: ¡No me hagas reír, Ana!
ANA: Yo hace años que la odio. Esperaba como agua de mayo que quisiera hacer otro ensayo. ¿Cómo lo has hecho?
ROSA: Con la almohada que tiene debajo de la cabeza. ¿Y tú?
ANA: También. Pero yo lo he hecho más tarde. Me has robado el privilegio y el placer.
ROSA: Ahora ya está. Se ha acabado. *(Se saca los zapatos, resopla)*.
ANA: Ha sido bien estúpida de meterse sola en el ataúd.
ROSA: Estúpida, sí. *(Llora)*. ¿Llamo a la policía?
ANA: No seas idiota. Hay que llamar a la funeraria.
ROSA: Mejor llamamos a la tía Paquita. Ella sabrá qué hacer.
ANA: Espera a que se despierte el Maromo. Fumemos un cigarrillo.
ROSA: Yo no fumo.
ANA: Ahora sí que fumas. *(Le alarga un cigarrillo. Fuman las dos)*.
ROSA: Tenemos que estar muy desesperadas para hacer una cosa así, ¿no?
ANA: Muy.

Rosa ríe y Ana llora. De golpe, Ana descubre un sobre enganchado al marco del

espejo que hay sobre el mueble de comedor.

ANA: ¿Qué es eso?
ROSA: Ni idea. Pensaba que era tuyo.
ANA: Tráelo.
ROSA: *(Obedece y se levanta a buscarlo).* Es increíble que no lo hayamos visto hasta ahora.

Le da el sobre a Ana y se sienta en el suelo, al lado del Maromo. Ana también se sienta en el suelo y apaga el cigarrillo en el zapato del chico. Rompe el sobre.

ANA: Un chico se enamora perdidamente... *(Se detiene).* Hostia puta, es la mierda de historia que siempre nos contaba.

Rosa le quita el papel de las manos.

ROSA: *(Emocionada pero entera)*. Un chico se enamora perdidamente de una chica que, como prueba de amor, le pide que le lleve el corazón de su madre. Horrorizado, pero dispuesto a todo por su querida, el chico corre al lado de la madre para arrancarle el corazón. Y así lo hace. Después, con el corazón de la madre ensangrentado en las manos, empieza una loca carrera para ir a encontrarse con la amada y entregarle lo que le ha exigido a cambio de su amor.
ANA: *(Sin leer, de memoria).* Y durante el camino el chico tropieza con una rama, cae al suelo y el corazón de la madre le pregunta.
ANA Y ROSA: *(Mirando al Maromo).* ¿Te has hecho daño, hijo mío?

FIN

Agradecimientos

A María Florencia Vidal Giolito, por ese búho tatuado en pleno vuelo.